

MENÉNDEZ Y PELAYO - PEREDA - PÉREZ GALDÓS

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DEL 7 Y 21 DE FEBRERO DE 1897

— GRAB —

MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1897

6
3

4



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento 502.538

N.º Copia 502.539

DISCURSO

DEL

SR. D. BENITO PÉREZ GALDÓS

SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuanto recibieron aquí honores semejantes á los que os dignáis tributar-me en esta solemnidad, habrán de fijo sentido menos turbación que yo, ante el deber de disertar sobre un tema literario digno de vosotros y de esta ilustre casa. Ordenan la cortesía y la costumbre que al ingresar en ésta, que bien puedo llamar orden suprema de las Letras, se hagan pruebas de aptitudes críticas y de sólidos conocimientos en las varias materias del Arte, que cultiváis con tanta gloria. Pero el que en la ocasión presente habéis traído á vuestro seno, con sufragio en que se ha de ver

siempre más benevolencia que justicia, ha consagrado su vida entera á cultivar lo anecdótico y narrativo, y por efecto de las deformaciones que produce en nuestro sér el uso exclusivo de una facultad y su forzado desarrollo á expensas de otras, hállase privado casi en absoluto de aptitudes críticas, y no le obedecen las ideas ni la palabra cuando trata de aplicarlas al arduo examen de los peregrinos ingenios que ilustraron en nuestra nación y en las extrañas la Poesía, el Drama ó la Novela.

La inmensa labor de los siglos que fueron, ya sentenciada por el tiempo y la opinión humana; la labor de nuestros contemporáneos, más difícil de sentenciar en el viciado ambiente de esta atmósfera de disputas que autores y críticos respiramos, sobrecogen igualmente el ánimo del que os habla, balanceándolo entre el respeto y el pavor. Intento

pedir auxilio á la erudición, á esa fácil y somera sabiduría que en los modernos centros de cultura puede encontrar quien se tome el trabajo de buscarla. Pero las bibliotecas, aun llegándome á ellas con el honrado intento de beneficiar tan sólo los yacimientos á flor de tierra, me imponen un respeto supersusticioso, y sus ingentes masas de letra impresa, desde lo superficial y corriente para uso del estudiante precoz, hasta las capas hondísimas de griego y latín, en que sólo penetra el minero de profesión, conturban terriblemente mi espíritu, dándome una impresión tan clara como triste de la magnitud de lo que ignoro: ante aquellos depósitos de ciencia, mi flaca memoria desmaya, mi razón se desvanece, y tengo que alejarme, convencido de que allí donde otros encuentran manantial de luz, de vida, de verdad, yo he de encontrar tan sólo con-

fusión y desaliento, quizás el error y la duda.

A otra obligación, también impuesta por la costumbre y la cortesía, puedo dar más fácil cumplimiento en este acto, pues aunque los estudios y trabajos á que consagró toda su vida mi digno antecesor D. León Galindo de Vera pertenecen al orden legislativo, que casi en absoluto desconozco, tienen, por feliz consorcio de facultades, un valor literario que los profanos en materia jurídica podemos apreciar claramente. Gratísimo es para mí ensalzar la memoria del sabio jurisconsulto que supo dar á las áridas cuestiones de Derecho una forma de intachable hermosura. De su profundo estudio de la legislación hipotecaria, á cuyo planteamiento contribuyó activamente, resultaron los *Comentarios* que todos conocéis y apreciáis como un modelo de literatura jurídica. En su

Historia de la lengua castellana en los Códigos, premiada por la Academia, admiramos la investigación crítica y la dicción castiza y elegante. Fué asimismo historiador de las *Posesiones españolas en Africa*, y prodigó su entendimiento en multitud de escritos de controversia ó de apología religiosa, en que resplandecen su culto de la tradición y la forma severa y castiza. Aparte de sus méritos literarios, fué generalmente apreciado y enaltecido por la integridad de su carácter, por la firmeza de sus convicciones, más bien religiosas que políticas, realzadas siempre por el más puro desinterés.

Cumplido el deber que me imponía la memoria del ilustre Académico á quien sucedo, afronto de nuevo las dificultades de esta solemnidad; y no pudiendo esperar cosa de provecho de la erudición ni del estudio crítico, me atengo á vuestra probada indulgencia, suplicándoos

que me permitáis por excepción, que mi inexperiencia justificará, cumplir este trámite sin ningún alarde ni esfuerzo de ciencia literaria, encerrándome dentro de límites modestísimos, sin más objeto que dar á este acto la extensión conveniente, atendiendo á que la excesiva brevedad pudiera ser tomada por descortesía. A mi buena estrella debo que haya sido designado para contestar á estas indoctas páginas un insigne ingenio, crítico y filósofo literario, á quien dotó Naturaleza de prodigiosas facultades para definir y desentrañar toda la ciencia estética del mundo, y además de un arte soberano para expresar sus opiniones. Pues bien: la mayor prueba de respeto que puedo dar al ilustre Académico que se digna contestarme en vuestro nombre, es no poner mis manos profanas en el sagrado tesoro de la erudición y del saber crítico y bibliográfico.

Si por una parte mi incapacidad crítica y mi instintivo despego de toda erudición me imposibilitan para explicar ante vosotros un asunto de puras letras, por otra una ineludible ley de tradición y de costumbre ordena que estas páginas versen sobre la forma literaria que ha sido mi ocupación preferente, ó más bien exclusiva, desde que caí en la tentación de escribir para el público. ¿Qué he de deciros de la Novela, sin apuntar alguna observación crítica sobre los ejemplos de este soberano arte en los tiempos pasados y presentes, de los grandes ingenios que lo cultivaron en España y fuera de ella, de su desarrollo en nuestros días, del inmenso favor alcanzado por este encantador género en Francia é Inglaterra, nacionalidades maestras en ésta como en otras cosas del humano saber? Imagen de la vida es la Novela, y el arte

de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción. Se puede tratar de la Novela de dos maneras: ó estudiando la imagen representada por el artista, que es lo mismo que examinar cuantas novelas enriquecen la literatura de uno y otro país, ó estudiar la vida misma, de donde el artista saca las ficciones que nos instruyen y embelesan. *La sociedad presente como materia novelable*, es el punto sobre el cual me propongo aventurar ante vos-

otros algunas opiniones. En vez de mirar á los libros y á sus autores inmediatos, miro al autor supremo que los inspira, por no decir que los engendra, y que después de la transmutación que la materia creada sufre en nuestras manos, vuelve á recogerla en las suyas para juzgarla; al autor inicial de la obra artística, el público, la grey humana, á quien no vacilo en llamar *vulgo*, dando á esta palabra la acepción de muchedumbre alineada en un nivel medio de ideas y sentimientos; al vulgo, sí, materia primera y última de toda labor artística, porque él, como humanidad, nos da las pasiones, los caracteres, el lenguaje, y después, como público, nos pide cuentas de aquellos elementos que nos ofreció para componer con materiales artísticos su propia imagen: de modo que empezando por ser nuestro modelo, acaba por ser nuestro juez.

Quiero, pues, examinar brevemente ese *natural*, hablando en términos pictóricos, que extendido en derredor nuestro, nos dice y aun nos manda que le pintemos, pidiéndonos con ardorosa sugestión su retrato para recrearse en él, ó abominar del artista con crítica severa. Con él me encaro valerosamente, y de todas veras os digo que el mal ceño de este modelo y su rostro de pocos amigos, me imponen también vivísima turbación, aunque ésta no llega á las proporciones del espanto que siento ante las bibliotecas. La erudición social es más fácil que la bibliográfica, y se halla al alcance de las inteligencias imperfectamente cultivadas. Examinando las condiciones del medio social en que vivimos como generador de la obra literaria, lo primero que se advierte en la muchedumbre á que pertenecemos, es la relajación de todo principio de uni-

dad. Las grandes y potentes energías de cohesión social no son ya lo que fueron; ni es fácil prever qué fuerzas sustituirán á las perdidas en la dirección y gobierno de la familia humana. Tenemos tan sólo un firme presentimiento de que esas fuerzas han de reaparecer; pero las previsiones de la Ciencia y las adivinaciones de la Poesía no pueden ó no saben aún alzar el velo tras el cual se oculta la clave de nuestros futuros destinos.

La falta de unidades es tal, que hasta en la vida política, constituída por naturaleza en agrupaciones disciplinadas, se determina claramente la disolución de aquellas grandes familias formadas por el entusiasmo de la acción constituyente, por afinidades tradicionales, por principios más ó menos deslumbradores. Para que todo falte, desaparece también el fanatismo, que ligaba en estrecho haz enormes masas de personas, uniforman-

do los sentimientos, la conducta y hasta las fisonomías, de lo cual resultaban caracteres genéricos de fácil recurso para el Arte, que supo utilizarlos durante largo tiempo. Las disgregaciones de la vida política son el eco más próximo de ese terrible *rompan filas* que suena de un extremo á otro del ejército social, como voz de pánico que clama á la desbandada. Podría decirse que la sociedad llega á un punto de su camino en que se ve rodeada de ingentes rocas que le cierran el paso. Diversas grietas se abren en la dura y pavorosa peña, indicándonos senderos ó salidas que tal vez nos conduzcan á regiones despejadas. Contábamos, sin duda, los incansables viajeros con que una voz sobrenatural nos dijera desde lo alto: *por aquí se va, y nada más que por aquí*. Pero la voz sobrenatural no hiere aún nuestros oídos, y los más sabios de entre nosotros se

enredan en interminables controversias sobre cuál pueda ó deba ser la hendidura ó pasadizo por el cual podremos salir de este hoyo pantanoso en que nos revolvemos y asfixiamos.

Algunos, que intrépidos se lanzan por tal ó cual angostura, vuelven con las manos en la cabeza, diciendo que no han visto más que tinieblas y enmarañadas zarzas que estorban el paso; otros quieren abrirlo á pico, con paciente labor, ó quebrantar la piedra con la acción física de substancias destructoras; y todos, en fin, nos lamentamos, con discorde vocerío, de haber venido á parar á este recodo, del cual no vemos manera de salir, aunque la habrá seguramente, porque aquí no hemos de quedarnos hasta el fin de los siglos.

En esta muchedumbre consternada, que inventa mil artificios para ocultarse su propia tristeza, se advierte la des-

composición de las antiguas clases sociales forjadas por la historia, y que habían llegado hasta muy cerca de nosotros con organización potente. Pueblo y aristocracia pierden sus caracteres tradicionales, de una parte por la desmembración de la riqueza, de otra por los progresos de la enseñanza; y el camino que aún hemos de recorrer para que las clases fundamentales pierdan su fisonomía, se andará rápidamente. La llamada clase media, que no tiene aún existencia positiva, es tan sólo informe aglomeración de individuos procedentes de las categorías superior é inferior, el producto, digámoslo así, de la descomposición de ambas familias: de la plebeya, que sube; de la aristocrática, que baja, estableciéndose los desertores de ambas en esa zona media de la ilustración, de las carreras oficiales, de los negocios, que vienen á ser la codicia ilustrada, de

la vida política y municipal. Esta enorme masa sin carácter propio, que absorbe y monopoliza la vida entera, sujetándola á un sin fin de reglamentos, legislando desafortadamente sobre todas las cosas, sin excluir las espirituales, del dominio exclusivo del alma, acabará por absorber los desmedrados restos de las clases extremas, depositarias de los sentimientos elementales. Cuando esto llegue, se ha de verificar en el seno de esa muchedumbre caótica una fermentación de la que saldrán formas sociales que no podemos adivinar, unidades vigorosas que no acertamos á definir en la confusión y aturdimiento en que vivimos.

De lo que vagamente y con mi natural torpeza de expresión indico, resulta, en la esfera del Arte, que se desvanecen, perdiendo vida y color, los caracteres genéricos que simbolizaban grupos capitales de la familia humana. Hasta los

rostros humanos no son ya lo que eran, aunque parezca absurdo decirlo. Ya no encontraréis las fisonomías que, al modo de máscaras moldeadas por el convencionalismo de las costumbres, representaban las pasiones, las ridiculeces, los vicios y virtudes. Lo poco que el pueblo conserva de típico y pintoresco se destiñe, se borra, y en el lenguaje advertimos la misma dirección contraria á lo característico, propendiendo á la uniformidad de la dicción, y á que hable todo el mundo del mismo modo. Al propio tiempo, la urbanización destruye lentamente la fisonomía peculiar de cada ciudad; y si en los campos se conserva aún, en personas y cosas, el perfil distintivo del cuño popular, éste se desgasta con el continuo pasar del rodillo nivelador que arrasa toda eminencia, y seguirá arrasando hasta que produzca la anhelada igualdad de formas en todo lo espiritual y material.

Mientras la nivelación se realiza, el Arte nos ofrece un fenómeno extraño que demuestra la inconsistencia de las ideas en el mundo presente. En otras épocas, los cambios de opinión literaria se verificaban en lapsos de tiempo de larga duración, con la lentitud majestuosa de todo crecimiento histórico. Aun en la generación que ha precedido á la nuestra, vimos la evolución romántica durar el tiempo necesario para producir multitud de obras vigorosas; y al marcarse el cambio de las ideas estéticas, las formas literarias que sucedieron al romanticismo tardaron en presentarse con vida, y vivieron luego años y más años, que hoy nos parecerían siglos, dada la rapidez con que se transforman ahora nuestros gustos. Hemos llegado á unos tiempos en que la opinión estética, ese ritmo social, harto parecido al flujo y reflujo de los mares, determina sus

mudanzas con tan caprichosa prontitud, que si un autor deja transcurrir dos ó tres años entre el imaginar y el imprimir su obra, podría resultarle envejecida el día en que viera la luz. Porque si en el orden científico la rapidez con que se suceden los inventos, ó las aplicaciones de los agentes físicos, hace que los asombros de hoy sean vulgaridades mañana, y que todo prodigioso descubrimiento sea pronto obscurecido por nuevas maravillas de la mecánica y de la industria, del mismo modo, en el orden literario, parece que es ley la volubilidad de la opinión estética, y de continuo la vemos pasar ante nuestros ojos, fugaz y antojadiza, como las modas de vestir. Y así, en brevísimo tiempo, saltamos del idealismo nebuloso á los extremos de la naturalidad: hoy amamos el detalle menudo, mañana las líneas amplias y vigorosas; tan pronto vemos

fuelle de belleza en la sequedad filosófica mal aprendida, como en las ardientes creencias heredadas.

En resumen: la misma confusión evolutiva que advertimos en la sociedad, primera materia del Arte novelesco, se nos traduce en éste por la indecisión de sus ideales, por lo variable de sus formas, por la timidez con que acomete los asuntos profundamente humanos; y cuando la sociedad se nos convierte en público, es decir, cuando después de haber sido inspiradora del Arte lo contempla con ojos de juez, nos manifiesta la misma inseguridad en sus opiniones, de donde resulta que no andan menos desconcertados los críticos que los autores.

Pero no creáis que de lo expuesto intentaré sacar una deducción pesimista, afirmando que esta descomposición social ha de traer días de anemia y de

muerte para el Arte narrativo. Cierto que la falta de unidades de organización nos va sustrayendo los caracteres genéricos, tipos que la sociedad misma nos daba bosquejados, cual si trajeran ya la primera mano de la labor artística. Pero á medida que se borra la caracterización general de cosas y personas, quedan más descarnados los modelos humanos, y en ellos debe el novelista estudiar la vida, para obtener frutos de un Arte supremo y durable. La crítica sagaz no puede menos de reconocer que cuando las ideas y sentimientos de una sociedad se manifiestan en categorías muy determinadas, parece que los caracteres vienen ya á la región del Arte tocados de cierto amaneramiento ó convencionalismo. Es que, al descomponerse las categorías, caen de golpe los antifaces, apareciendo las caras en su castiza verdad. Perdemos los tipos, pero

el hombre se nos revela mejor, y el Arte se avalora sólo con dar á los seres imaginarios vida más humana que social. Y nadie desconoce que, trabajando con materiales puramente humanos, el esfuerzo del ingenio para expresar la vida ha de ser más grande, y su labor más honda y difícil, como es de mayor empeño la representación plástica del desnudo que la de una figura cargada de ropajes, por ceñidos que sean. Y al compás de la dificultad crece, sin duda, el valor de los engendros del Arte, que si en las épocas de potentes principios de unidad resplandece con vivísimo destello de sentido social, en los días azarosos de transición y de evolución puede y debe ser profundamente humano.

Encuéntrome al llegar á este punto con que las ideas que voy expresando, sin ninguna arrogancia dogmática me llevan á una afirmación que algunos po-

drían creer falsa y paradógica, á saber: que la falta de principios de unidad favorece el florecimiento literario; afirmación que en buena lógica destruiría la leyenda de los llamados *Siglos de Oro* en ésta y la otra literatura. Ello es que la historia literaria general no nos permite sostener de una manera absoluta que la divina Poesía y artes congéneres prosperen más lozanamente en las épocas de unidad que en las épocas de confusión. Quizás podría comprobarse lo contrario después de investigar con criterio penetrante la vida de los pueblos, haciendo más caso de la documentación privada que de los relatos de la vieja Historia, comunmente artificiosa y recompuesta. Esta narradora enfática y algo tocada del delirio de grandezas, nos habla con tenaz preferencia de los altos poderes del Estado, de guerras, intrigas y privanzas, de los casamientos y querellas entre

familias de reyes y príncipes, dejando en la penumbra las profundísimas emociones que agitan el alma social. Teniendo esto en cuenta, no creo dislate asegurar que en los llamados *Siglos de Oro* hay no poco de aparato oficial ó ficción palatina; hechura de cronistas asalariados, ó de historiadores de oficio, más atentos á la composición de su arte, que á reproducir la interna verdad política. No dan valor sino á las que son ó aparecen ser acciones culminantes, y descuidan, como asunto prosáico y baladí, el verdadero sentir y pensar de los pueblos.

Bien sé que ésta es materia para un examen lento, y si yo intentara desentrañarla, incurriría en mi propia censura, por lanzarme á trabajos para cuyo empeño he declarado mi ineptitud en las primeras cláusulas de este discurso. Con paciencia y libros á mano todo se prueba, y yo intentaría demostrar lo que an-

tes indiqué, si más fuerza que mis deseos no tuviera mi incapacidad para compulсар textos antiguos y modernos. Dejo, pues, á otros que diluciden este punto, y concluyo diciendo que el presente estado social, con toda su confusión y nerviosas inquietudes, no ha sido estéril para la novela en España, y que tal vez la misma confusión y desconcierto han favorecido el desarrollo de tan hermoso arte. No podemos prever hasta dónde llegará la presente descomposición. Pero sí puede afirmarse que la literatura narrativa no ha de perderse porque mueran ó se transformen los antiguos organismos sociales. Quizás aparezcan formas nuevas, quizás obras de extraordinario poder y belleza, que sirvan de anuncio á los ideales futuros ó de despedida á los pasados, como el *Quijote* es el adiós del mundo caballeresco. Sea lo que quiera, el ingenio humano vive en todos los

ambientes, y lo mismo da sus flores en los pórticos alegres de flamante arquitectura, que en las tristes y desoladas ruínas.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Más de veintitrés años hace (período considerable en la vida del Sr. Pérez Galdós y en la mía, y bastante próximo al que Tácito llamaba *magnum ævi humani spatium*) tuve la honra de estrechar relaciones de amistad con el fecundísimo y original novelista, cuya entrada en nuestro gremio festeja hoy la Real Academia Española. Desde entonces, á pesar del transcurso del tiempo, que suele enfriar todos los afectos humanos, y á pesar de nuestra pública y notoria discordancia en puntos muy esenciales, y á pesar, en fin, de los muy diversos rumbos que hemos seguido en las tareas li-

terarias, nuestra amistad, como cimentada en roca viva, ha resistido á todos los accidentes que pudieran contrariarla, y ni una sola nube la ha empañado hasta el presente. Baste decir que ni siquiera se ha quejado de mí el Sr. Galdós, porque habiendo sido elegido miembro de esta Academia en 1889, venga, por culpa mía principalmente, á recibir siete años después la investidura que le otorgaron vuestros sufragios, con aplauso unánime de la crítica y del pueblo español, que ve en el Sr. Galdós á uno de sus hijos predilectos y de los que con más gloria han hecho sonar el nombre de la patria, donde quiera que la literatura de imaginación es conocida y estimada.

La misma notoriedad del Académico que hoy toma asiento entre nosotros parece reclamar en esta ocasión un extenso y cabal estudio de su inmensa labor literaria, tan rica, tan compleja, tan me-

morable en la historia literaria de nuestro tiempo, tan honda y eficaz aun en otras relaciones distintas del puro arte. Imposible es hablar en este momento de otra cosa que no sean los libros y la persona del Sr. Pérez Galdós, artífice valiente de un monumento que, quizá después de la *Comedia humana*, de Balzac, no tenga rival, en lo copioso y en lo vario, entre cuantos ha levantado el genio de la novela en nuestro siglo, donde con tal predominio ha imperado ésta sobre las demás formas literarias. Pero la misma gravedad del intento haría imposible su ejecución dentro de los límites de un discurso académico, aunque mis fuerzas alcanzasen, que seguramente no alcanzan, á dominar un tema tan arduo por una parte, y por otra tan alejado de mis estudios habituales. Al hablar de literatura contemporánea, yo vengo como caído de las nubes, si me permitís lo fami-

liar de la expresión. Me he acostumbrado á vivir con los muertos en más estrecha comunicación que con los vivos, y por eso encuentro la pluma difícil y re-hacia para salir del círculo en que voluntaria ó forzosamente la he confinado. Sin alardes de falsa modestia, podría decir que nadie menos abonado que yo para dar la bienvenida al Sr. Galdós en nombre de la Academia, si, á falta de cualquier otro título de afinidad, no me amparase el de ser aquí, por ventura, el más antiguo de sus amigos, y aquí y en todas partes uno de los admiradores más convencidos de las privilegiadas dotes de su ingenio. Oídme, pues, con indulgencia, porque nunca tanto como hoy la he necesitado.

Ha sido tema del discurso del Sr. Galdós, que tantas ideas apunta, á pesar de su brevedad sentenciosa, la consideración de las mutuas relaciones entre el

público y el novelista, que de él recibe la primera materia y á él se la devuelve artísticamente transformada, aspirando, como es natural y loable, á la aprobación y al sufragio, ya del mayor número, ya de los más selectos entre sus contemporáneos. Por más que esta ley, comparable en sus efectos á la ley económica de la oferta y la demanda, rija en todas las producciones de arte, puesto que ninguna hay que sin público contemplador se conciba (por la misma razón que nadie habla para ser oído por las paredes solamente), no se cumple por igual en todas las artes ni en todos los ramos y variedades de ellas. Artes hay, como la poesía lírica, la escultura y aun cierto género de música, que, á lo menos en su estado actual, ni son populares ni conviene que lo sean con detrimento de la pureza é integridad del arte mismo. Si ha habido pueblos y épocas más exqui-

sitamente dotados de aquella profunda y á la vez espontánea intuición estética que es necesaria para percibir este grado y calidad de bellezas, tales momentos han sido fugacísimos en la historia de la humanidad, muy raros los pueblos que han logrado tales dones; y el árbol maravilloso que floreció al aire libre en el Atica ó en Florencia, sólo puede prosperar en otras partes, y nunca con tanta lozanía, amparado por mano sabia y solícita que le resguarde de lluvias y vientos. Tales artes son, esencialmente, aristocráticas; y aunque conviene que cada día vaya siendo mayor el número de los llamados á participar de sus goces, es evidente que la delicada educación del gusto que requieren, los hará siempre inaccesibles para el mayor número de los mortales.

Pero hay otros géneros que, sin rebajarse, sin perder ni un ápice de su inter-

na virtud y eficacia, requieren una difusión más amplia, una acción más continua de la fantasía del contemplador sobre la del artista; de la facultad estética pasiva, que es la del mayor número de los hombres, sobre la facultad activa y creadora. El teatro y la novela viven, y no pueden menos de vivir, en esta benéfica servidumbre; como vive también el arte de la oratoria, género mixto, pero que nadie concibe puesto al servicio del pensamiento solitario y de la especulación abstracta, sino cobrando bríos y empuje con el calor de la pelea y con el contacto de la muchedumbre á quien habla de lo que todos comprenden y de lo que á todos interesa. El público colabora en la obra del orador; colabora en la obra del dramaturgo; colabora también, aunque de una manera menos pública y ostensible, en la obra del novelista. Y esta colaboración, cuando es buscada y

aceptada de buena fe y con la sencillez de espíritu que suele acompañar al genio, le engrandece, añadiendo á su fuerza individual la fuerza colectiva. Los más grandes novelistas, los más grandes dramaturgos, han sido también los más populares: así, entre nosotros, Cervantes y Lope. El pueblo español no sólo dió á Lope la materia épica para crear el drama histórico; no sólo le dió el espectáculo de su vida actual para crear la comedia de costumbres, sino que le emancipó de las trabas de escuela, le infundió la conciencia de su genio, le obligó á encerrar los llamados preceptos con cien llaves, le ungió vate nacional, casi á pesar suyo, y se glorificó á sí mismo en su apoteosis, proclamándole *soberano poeta de los cielos y de la tierra*.

Cervantes, que pertenece quizá á otra categoría superior de ingenios (si es que puede imaginarse otra más alta), no deja

de ser profundamente nacional, puesto que España está íntegra en sus libros, cuya interpretación y comentarios, recatemente hechos, pudieran equivaler á una filosofía de nuestra historia y á una psicología de nuestro carácter en lo que tiene de más ideal y en lo que tiene de más positivo; pero es al mismo tiempo, elevándonos ya sobre esta consideración histórica y relativa, ingenio universal, ciudadano del mundo; y lo es por su intuición serena, profunda y total de la realidad; por su optimismo generoso, que todo lo redime, purifica y ennoblece.

No se traen tan altos ejemplos para justificar irreverentes y ociosas comparaciones entre lo pasado y lo presente. La estimación absoluta de lo que hoy se imagina y produce, sólo podrán hacerla con tino cabal los venideros. Es grave error creer que los contemporáneos puedan ser los mejores jueces de un autor.

Por lo mismo que sienten más la impresión inmediata, son los menos abonados para formular el juicio definitivo. Conocen demasiado al autor para entender bien su obra, que unas veces vale menos y otras veces vale más que la persona que la ha escrito. Tratándose de ingenios que han vivido en tiempos muy próximos á nosotros, me ha acontecido muchas veces encontrar en completa discordancia el juicio que yo en mis lecturas había formado y el que formaban de esos mismos escritores los que más íntimamente los habían tratado. Y, sin embargo, he tenido la soberbia de persistir en mi opinión, porque el numen artístico es tan esquivo por una parte, y tan caprichoso por otra, que muchas veces se disimula cautelosamente á los amigos de la infancia, y, en cambio, se revela y manifiesta al extraño que recorre las páginas de un libro, en las cuales, al fin y

al cabo, suele quedar lo más puro y exquisito de nuestro pensamiento, lo que hubiésemos querido ser más bien que lo que en realidad somos.

Quiere decir todo esto, que el principal deber que nos incumbe á los contemporáneos es dar fe de nuestra impresión y darla con sinceridad entera. Lo que nosotros no hayamos visto en las obras de arte de nuestro tiempo, ya vendrá quien lo vea: las demasías de nuestra crítica ya las corregirá el tiempo, que es, en definitiva, el gran maestro de todos, sabios é ignorantes.

Hablar de las novelas del Sr. Galdós, es hablar de la novela en España durante cerca de treinta años. Al revés de muchos escritores en quienes sólo tardíamente llega á manifestarse la vocación predominante, el Sr. Galdós, desde su aparición en el mundo de las letras en 1871, apenas ha escrito más que novelas,

y sólo en estos últimos años ha buscado otra forma de manifestación en el teatro. En su labor de novelista, no sólo ha sido constante, sino fecundísimo. Más de 45 volúmenes lo atestiguan, pocos menos de los años que su autor cuenta de vida.

Tan perseverante vocación, de la cual no han distraído al Sr. Galdós ninguna de las tentaciones que al hombre de letras asedian en nuestra patria (ni siquiera la tentación política, la más funesta y enervadora de todas), se ha mostrado además con un ritmo progresivo, con un carácter de reflexión ordenada, que convierte el cuerpo de las obras del Sr. Galdós, no en una masa de libros heterogéneos, como suelen ser los engendrados por exigencias editoriales, sino en un sistema de observaciones y experiencias sobre la vida social de España durante más de una centuria. Para realizar tamaña empresa, el Sr. Pérez Galdós ha

empleado sucesiva ó simultáneamente los procedimientos de la novela histórica, de la novela realista, de la novela simbólica, en grados y formas distintos, atendiendo por una parte á las cualidades propias de cada asunto, y por otra á los progresos de su educación individual y á lo que vulgarmente se llama el *gusto del público*, es decir, á aquel grado de educación general necesaria en el público para entender la obra del artista y gustar de ella en todo ó en parte.

Con esta clave, quien hiciese con la detención que aquí me prohíbe la índole de este discurso, el examen de las novelas del Sr. Pérez Galdós en sus relaciones con el público español, desde el día en que salió de las prensas *La Fontana de Oro* como primicias del vigoroso ingenio de su autor, hasta la hora presente en que son tan leídos y aplaudidos *Nazarín* y *Torquemada*, trazaría al mis-

mo tiempo las vicisitudes del gusto público en materia de novelas, formando, á la vez que un curioso capítulo de psicología estética, otro no menos importante de psicología social. Porque es cierto y averiguado que desde que el señor Pérez Galdós apareció en el campo de las letras, se formó un público propio suyo, que le ha ido acompañando con fidelidad cariñosa, hasta el punto en que ahora se encuentran el novelista y su labor, con mucha gloria del novelista sin duda, pero también con esa anónima, continua é invisible colaboración del público, á la cual él tan modestamente se refiere en su discurso.

Cuando empezó el Sr. Galdós á escribir, apenas alboreaba el último renacimiento de la novela española. El arte de la prosa narrativa de casos ficticios, ese arte tan propio nuestro, tan genuíno ó más que el teatro; tan antiguo como que

sus orígenes se confunden con los primeros balbuceos de la lengua; tan glorioso como que tuvo fuerza bastante para retardar un siglo entero la agonía de la poesía caballeresca mediante la maravillosa ficción de *Amadís*, y para enterrarla después cubriéndola de flores en su tumba; ese arte que dió en la representación de costumbres populares tipo y norma á la literatura universal y abrió las fuentes del realismo moderno, había cerrado su triunfal carrera á fines del siglo xvii.

Su descendencia legítima durante la centuria siguiente, hay que buscarla fuera de España: en Francia, con Lesage; en Inglaterra, con Fielding y Smollett. A ellos había transmigrado la novela picaresca, que de este modo se sobrevivía á sí misma y se hacía más universal y adquiriría á veces formas más amenas, aunque sin agotar nunca el rico conteni-

do psicológico que en la *Atalaya de la vida humana* venía envuelto.

Pero durante el siglo XVIII, la musa de la novela española permaneció silenciosa, sin que bastasen á romper tal silencio dos ó tres conatos aislados: memorable el uno como documento satírico y mina de gracejo más abundante que culto; curiosos los otros como primeros y tímidos ensayos, ya de la novela histórica, ya de la novela pedagógica, cuyo tipo era entonces el *Emilio*. La escasez de estas obras, y todavía más la falta de continuidad que se observa en sus propósitos y en sus formas, prueba lo solitario y, por tanto, lo infecundo de la empresa, y lo desavezado que estaba el vulgo de nuestros lectores á recibir graves enseñanzas en los libros de entretenimiento, cuanto más á disfrutar de la belleza intrínseca de la novela misma; lo cual exige hoy un grado superior de cul-

tura, y en tiempos más poéticos no exigía más que imaginaciones frescas, en quien fácilmente prendía la semilla de lo ideal.

Así entramos en el siglo XIX, que tuvo para España largo y sangriento aprendizaje, en que el estrépito de las armas y el fiero encono de los opuestos bandos ahogaron por muchos años la voz de las letras. Sólo cuando la invasión romántica penetró triunfante en nuestro suelo, empezó á levantar cabeza, aunque tímidamente, la novela, atendida al principio á los ejemplos del gran maestro escocés, si bien seguidos en lo formal más que en lo substancial, puesto que á casi todos los imitadores, con ser muchos de ellos varones preclaros en otros ramos de literatura, les faltó aquella especie de segunda vista arqueológica con que Walter-Scott hizo familiares en Europa los anales domésticos de su tierra y las tra-

diciones de sus montañas y de sus lagos. Abundaba entre los románticos españoles el ingenio; pero de la historia de su patria sabían poco, y aun esto de un modo general y confuso, por lo cual rara vez sus representaciones de costumbres antiguas lograron eficacia artística, ni siquiera apariencias de vida, salvo en el teatro y en la leyenda versificada, donde cabía, y siempre parece bien, cierto género de bizarra y poética adivinación, que el trabajo analítico y menudo de la novela no tolera.

De este trabajo, que dentro del molde de la novela histórica prosperó en Portugal más que en Castilla, por el feliz acaso de haberse juntado condiciones de novelista y de grande historiador en una misma persona, se cansaron muy presto nuestros ingenios, que suelen ser tan fáciles y abundosos en la producción, como rehacios al trabajo preparatorio; tan fér-

tiles de inventiva, como desestimadores de la obscura labor en que quieta y calladamente se van combinando los elementos de la obra de arte. Vino, pues, y muy pronto, la transformación de la novela histórica en libro de caballerías adobado al paladar moderno; y hubo en España un poeta nacido para mayores cosas, que pródigamente despilfarró los tesoros de su fantasía en innumerables fábulas, muchas de ellas enteramente olvidadas y dignas de serlo; otras donde todavía los ceñudos Aristarcos pueden pedir más unidad y concierto, más respeto á los fueros de la moral y del gusto, más aliño de lengua y de estilo; pero no más interés novelesco, ni más pujanza dramática, ni más fiera osadía en la lucha con lo inverosímil y lo imposible.

Este género, sin embargo, tenía sus naturales límites. Si á la novela histórica, entendida según la práctica de los

imitadores de Walter-Scott, le había faltado base arqueológica, á la nueva novela de aventuras, concebida en absoluta discordancia con la realidad pasada y con la presente, le faltaba, además del fundamento histórico, el fundamento humano, sin el cual todo trabajo del espíritu es entretenimiento efímero y baladí. Si las obras de la primera manera solían ser soporíferas, aunque escritas muy literariamente, las del segundo período, además de torpes y desaseadas en la dicción, eran monstruosas en su plan y aun desatinadas en su argumento. El arte de la novela se había convertido en granjería editorial; y entregado á una turba de escritores famélicos, llegó á ser mirado con desdén por las personas cultas, y finalmente rechazado con hastío por el mismo público iliterato cuyos instintos de curiosidad halagaba.

Pero al mismo tiempo que la novela

histórica declinaba, no por vicio intrínseco del género, sino por ignorancia y desmaño de sus últimos cultivadores, había ido desarrollándose lentamente y con carácter muy original la novela de costumbres, que no podía ser ya la gran novela castellana de otros tiempos, porque á nuevas costumbres correspondían fábulas nuevas. Tímidos y oscuros fueron sus orígenes: nació, en pequeña parte, de ejemplos extraños; nació, en parte mucho mayor, de reminiscencias castizas, que en algún autor, erudito á la par que ingenioso, nada tenían de involuntarias. Pero ni lo antiguo renació tal como había sido, ni lo extranjero dejó de transformarse de tal manera que en su tierra natal lo hubieran desconocido. El contraste de la realidad exterior, finamente observada por unos, por otros de un modo más rápido y somero, dió á estos breves artículos de pasatiempo una base

real, que faltaba casi siempre en las novelas históricas, y todavía más en los ensayos de novela psicológica, que de vez en cuando aparecían por aquellos tiempos.

Pero la observación y la censura festiva de las costumbres nacionales, se había encerrado al principio en marco muy reducido: escenas aisladas, tipos singulares, pinceladas y rasguños, á veces de mano maestra, pero en los cuales, si podía lucir el primor de los detalles, faltaba el alma de la composición, faltaba un tema de valor humano, en cuyo amplio desarrollo pudiesen entrar todos aquellos accidentes pintorescos, sin menoscabo del interés dramático que había de resultar del conflicto de las pasiones y aun de las ideas apasionadas. Tal empresa estaba reservada á una mujer ilustre, en cuyas venas corrían mezcladas la sangre germánica y la andaluza, y cuyo

temperamento literario era manifiesta revelación de sus orígenes. Si un velo de idealismo sentimental parecía interponerse entre sus ojos y la realidad que contemplaban, rompíase este velo á trechos ó era bastante transparente para que la intensa visión de lo real triunfase en su fantasía y quedase perenne en sus páginas, empapadas de sano realismo peninsular, perfumadas como arca de cedro por el aroma de la tradición, y realizadas juntamente por una singular especie de belleza ética que no siempre coincide con la belleza del arte, pero que á veces llega á aquel punto imperceptible en que la emoción moral pasa á ser fuente de emoción estética: altísimo don concedido sólo á espíritus doblemente privilegiados por la virtud y por el ingenio.

No puede decirse que fuera estéril la obra de Fernán Caballero; pero sus primeros imitadores lo fueron más bien de

sus defectos que de sus soberanas bellezas, y en vez de mostrar nuevos aspectos poéticos de la vida, confundieron lo popular con lo vulgar y lo moral con lo casero, creándose así una literatura neciamente candorosa, falsa en su fondo y en su forma, y que sólo las criaturas de corta edad podían gustar sin empalago.

Así, entre ñoñeces y monstruosidades, dormitaba la novela española por los años de 1870, fecha del primer libro del Sr. Pérez Galdós. Los grandes novelistas que hemos visto aparecer después, eran ya maestros consumados en otros géneros de literatura; pero no habían ensayado todavía sus fuerzas en la novela propiamente dicha. No se habían escrito aún ni *Pepita Jiménez*, ni *Las Ilusiones del Doctor Faustino*, ni *El Escándalo*, ni *Sotileza*, ni *Peñas Arriba*.

Alarcón había compuesto deleitosas narraciones breves, de corte y sabor trans-

pirenáticos; pero su vena de novelista castizo no se mostró hasta 1875 con el salpimentado cuento *El Sombrero de tres picos*. Valera, en *Parsondes* y en algún otro rasgo de su finísimo y culto ingenio, había emulado la penetrante malicia y la refinada sencillez del autor de *Cándido*, de *Memnón* y de los *Viajes del escarmen-tado*; pero su primera novela, que es al mismo tiempo la más célebre de todas las suyas, data de 1874. Y finalmente, Pereda, aunque fuese ya nada menos que desde 1864 (en que por primera vez fueron coleccionadas sus *Escenas monta-ñas*) el gran pintor de costumbres rústicas y marineras, que toda España ha admirado después, no había concedido aún á los hijos predilectos de su fantasía, al Tuerto y á Tremontorio, á Don Silvestre Seturas y á D. Robustiano Tres Solares, á sus mayorazgos, á sus pardillos y á sus indianos, el espacio su-

ficiente para que desarrollasen por entero su carácter como actores de una fábula extensa y más ó menos complicada. No hay duda, pues, que Galdós, con ser el más joven de los eminentes ingenios á quienes se debió hace veinte años la restauración de la novela española, tuvo cronológicamente la prioridad del intento; y quien emprenda el catálogo de las obras de imaginación en el período novísimo de nuestras letras, tendrá que comenzar por *La Fontana de Oro*, á la cual siguió muy luego *El Audaz*, y tras él la serie vastísima de los *Episodios Nacionales*, iniciada en 1873, y que comprende por sí sola veinte novelas, en las cuales intervienen más de quinientos personajes, entre los históricos y los fabulosos: muchedumbre bastante para poblar un lugar de mediano vecindario, y en la cual están representados todas las castas y condiciones, todos los oficios y esta-

dos, todos los partidos y banderías, todos los impulsos buenos y malos, todas las heroicas grandezas y todas las extravagancias, fanatismos y necedades que en guerra y en paz, en los montes y en las ciudades, en el campo de batalla y en las asambleas, en la vida política y en la vida doméstica, forman la trama de nuestra existencia nacional durante el período exuberante de vida desordenada, y rico de contrastes trágicos y cómicos, que se extiende desde el día de Trafalgar hasta los sangrientos albores de la primera y más encarnizada de nuestras guerras civiles.

El Sr. Galdós, entre cuyas admirables dotes resplandece una, rarísima en autores españoles, que es la laboriosidad igual y constante, publicaba con matemática puntualidad cuatro de estos volúmenes por año: en diez tomos, expuso la guerra de la Independencia; en otros

diez, las luchas políticas desde 1814 á 1834. No todos estos libros eran ni podían ser de igual valor; pero no había ninguno que pudiera rechazar el lector discreto; ninguno en que no se viesen continuas muestras de fecunda inventiva, de ingenioso artificio, y á veces de clarísimo juicio histórico disimulado con apariencias de amenidad. El amor patrio, no el bullicioso, provocativo é intemperante, sino el que, por ser más ardiente y sincero, suele ser más recatado en sus efusiones, se complacía en la mayor parte de estos relatos, y sólo podía mirar con ceño alguno que otro; no á causa de la pintura, harto fiel y verídica, por desgracia, del miserable estado social á que nos condujeron en tiempo de Fernando VII reacciones y revoluciones igualmente insensatas y sanguinarias; sino porque quizá la habitual serenidad del narrador parecía entoldarse

alguna vez con las nieblas de una pasión tan enérgica como velada, que no llamaré política en el vulgar sentido de la palabra, porque trasciende de la esfera en que la política comunmente se mueve, y porque toca á más altos intereses humanos, pero que, de fijo, no es la mejor escuela para ahondar con entrañas de caridad y simpatía en el alma de nuestro heroico y desventurado pueblo y aplicar el bálsamo á sus llagas. En una palabra (no hay que ocultar la verdad, ni yo sirvo para ello), el racionalismo, no iracundo, no agresivo, sino más bien manso, frío, no puedo decir que cauteloso, comenzaba á insinuarse en algunas narraciones del Sr. Galdós, torciendo á veces el recto y buen sentido con que generalmente contempla y juzga el movimiento de la sociedad que precedió á la nuestra. Pero en los cuadros épicos, que son casi todos los de la primera serie de

los *Episodios*, el entusiasmo nacional se sobrepone á cualquier otro impulso ó tendencia; la magnífica corriente histórica, con el tumulto de sus sagradas aguas, acalla todo rumor menos noble; y entre tanto martirio y tanta victoria sólo se levanta el simulacro augusto de la patria, mutilada y sangrienta, pero invencible, doblemente digna del amor de sus hijos por grande y por infeliz. En estas obras, cuyo sentido general es altamente educador y sano, no se enseña á odiar al enemigo, ni se aviva el rescoldo de pasiones ya casi extinguidas, ni se adula aquel triste género de infatuación patriótica que nuestros vecinos, sin duda por no ser los que menos adolecen de tal defecto, han bautizado con el nombre especial de *chauvinisme*; pero tampoco se predica un absurdo y estéril cosmopolitismo, sino que se exalta y vigoriza la conciencia nacional y se la tem-

pla para nuevos conflictos, que ojalá no sobrevengan nunca; y al mismo tiempo se vindican los fueros eternos é imprescriptibles de la resistencia contra el invasor injusto, sea cual fuere el manto de gloria y poder con que quiera encubrirse la violación del derecho.

Estas novelas del Sr. Galdós son históricas, ciertamente, y aun algunas pueden calificarse de *historias anoveladas*, por ser muy exigua la parte de ficción que en ellas interviene; pero por las condiciones especiales de su argumento, difieren en gran manera de las demás obras de su género publicadas hasta entonces en España. Con raras y poco notables excepciones, así los concienzudos imitadores de Walter-Scott, como los que, siguiendo las huellas de Dumas, el padre, soltaron las riendas á su desbocada fantasía en libros de monstruosa invención, que sólo conservaban de la historia al-

gunos nombres y algunas fechas, habían escogido por campo de sus invenciones los lances y aventuras caballerescas de los siglos medios, ó á lo sumo de las centurias décimasexta y decimaséptima, épocas que, por lo remotas, se prestaban á una representación más arbitraria, en que los anacronismos de costumbres podían ser más fácilmente disimulados por el vulgo de los lectores, atraídos tan sólo por el prestigio misterioso de las edades lejanas y poéticas. Distinto rumbo tomó el Sr. Galdós, y distintos tuvieron que ser sus procedimientos, tratándose de historia tan próxima á nosotros y que sirve de supuesto á la nuestra. El español del primer tercio de nuestro siglo no difiere tanto del español actual, que no puedan reconocerse fácilmente en el uno los rasgos característicos del otro. La observación realista se imponía, pues, al autor, y á pesar de la fértil lozanía de su

imaginación creadora, que nunca se mostró tan amena como en esta parte de sus obras, tenía que llevarle por senderos muy distintos de los de la novela romántica. No sólo era preciso el rigor histórico en cuanto á los acontecimientos públicos y famosos, que todo el mundo podía leer en la *Historia* del Conde de Toreno, por ejemplo, ó en cualquier otro de los innumerables libros y Memorias que existen sobre la guerra de la Independencia; sino que en la parte más original de la tarea del novelista, en los episodios de la vida familiar de medio siglo, que van entreverados con la acción épica, había que aplicar los procedimientos analíticos y minuciosos de la novela de costumbres, huyendo de abstracciones, vaguedades y tipos convencionales. De este modo, y por el natural desarrollo del germen estético en la mente del Sr. Galdós, los *Episodios* que en

su pensamiento inicial eran un libro de historia recreativa, expuesta para más viveza y unidad en la castiza forma autobiográfica, propia de nuestra antigua novela picaresca, presentaron luego combinadas en proporciones casi iguales la novela histórica y la de costumbres, y ésta no meramente en calidad de accesorio pintoresco, sino de propia y genuína novela, en que se concede la debida importancia al elemento psicológico, al drama de la conciencia, como generador del drama exterior, del conflicto de las pasiones. Claro es que no en todas las novelas, aisladamente consideradas, están vencidas con igual fortuna las dificultades inherentes al dualismo de la concepción; y así hay algunas, como *Zaragoza* (que es de las mejores para mi gusto), en que la materia histórica se desborda de tal modo que anula enteramente la acción privada; al paso que en

otras, como en *Cádiz*, que también es excelente en su género, la historia se reduce á anécdotas, y lo que domina es la acción novelesca (interesante por cierto, y romántica en sumo grado), y el tipo misterioso del protagonista, que parece trasunto de la fisonomía de Lord Byron. Pero esta misma variedad de maneras comprueba los inagotables recursos del autor, que supo mantener despierto el interés durante tan larga serie de novelas, y enlazar artificiosamente unas con otras, y no repetirse casi nunca, ni siquiera en las figuras que ha tenido que introducir en escena con más frecuencia, como son las de guerrilleros y las de conspiradores políticos. Son los *Episodios Nacionales* una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo; un éxito sinceramente popular los ha coronado: el lápiz y el buril los han ilustrado á porfía; han pene-

trado en los hogares más aristocráticos y en los más humildes, en las escuelas y en los talleres; han enseñado verdadera historia á muchos que no la sabían; no han hecho daño á nadie, y han dado honesto recreo á todos, y han educado á la juventud en el culto de la patria. Si en otras obras ha podido el Sr. Galdós parecer novelista de escuela ó de partido, en la mayor parte de los *Episodios* quiso, y logró, no ser más que novelista español; y sus más encarnizados detractores no podrán arrancar de sus sienes esta corona cívica, todavía más envidiable que el lauro poético.

Cuando Galdós cerró muy oportunamente en 1879 la segunda serie de los *Episodios Nacionales*, la novela histórica había pasado de moda, siendo indicio del cambio de gusto la indiferencia con que eran recibidas obras muy estimables de este género, por ejemplo *Amaya*, de

Navarro Villoslada, último representante de la escuela de Walter-Scott en España. En cambio, la novela de costumbres populares había triunfado con *Pedraza*, ingenio de la familia de Cervantes; la novela psicológica y casuística resplandecía en las afiligranadas páginas de Valera, que había robado á la lengua mística del siglo xvi sus secretos; comenzaba á prestarse principal atención á los casos de conciencia; traíanse á la novela graves tesis de religión y de moral, y hasta el brillantísimo Alarcón, poco inclinado por carácter y por hábito á ningún género de meditación especulativa, había procurado dar más transcendental sentido á sus narraciones, componiendo *El Escándalo*. Había en todo esto un reflejo del movimiento filosófico, que, extraviado ó no, fué bastante intenso en España desde 1860 hasta 1880; había la influencia más inmediata de la crisis re-

volucionaria del 68, en que por primera vez fueron puestos en tela de juicio los principios cardinales de nuestro credo tradicional. El llamado problema religioso preocupaba muchos entendimientos, y no podía menos de revestir forma popular en la novela, donde tuvieron representantes de gran valer, si escasos en número, las principales posiciones del espíritu en orden á él: la fe íntegra, robusta y práctica; la fe vacilante y combatida; la aspiración á recobrarla por motivos éticos y sociales, ó bien por *diletantismo* filosófico y estético; el escepticismo mundano, y hasta la negación radical más ó menos velada.

Galdós, que sin seguir ciegamente los caprichos de la moda, ha sido en todo tiempo observador atento del gusto público, pasó entonces del campo de la novela histórica y política, donde tantos laureles había recogido, al de la novela

idealista, de tesis y tendencia social, en que se controvierten los fines más altos de la vida humana, revistiéndolos de cierta forma simbólica. Dos de las más importantes novelas de su segunda época pertenecen á este género: *Gloria* y *La Familia de León Roch*. Juzgarlas hoy sin apasionamiento, es empresa muy difícil: quizá era imposible en el tiempo en que aparecieron, en medio de una atmósfera caldeada por el vapor de la pelea, cuando toda templanza tomaba visos de complicidad á los ojos de los violentos de uno y otro bando. En la lucha que desgarraba las entrañas de la patria, lo que menos alto podía sonar era la voz reposada de la crítica literaria. Esas novelas no fueron juzgadas en cuanto á su valor artístico: fueron exaltadas ó maldecidas con igual furor y encarnizamiento, por los que andaban metidos en la batalla de ideas de que aquellos libros eran trasun-

to. Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los atacué con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento. Aquello no es mi juicio literario sobre *Gloria*, sino la reprobación de su tendencia.

De su tendencia digo, y no puede extenderse á más la censura, porque no habiendo hablado la única autoridad que exige acatamiento en este punto, á nadie es lícito, sin nota de temerario ú otra más grave, penetrar en la conciencia ajena, ni menos fulminar anatemas que pueden dilacerar impíamente las fibras más delicadas del alma. Una novela no

es obra dogmática ni ha de ser juzgada con el mismo rigor dialéctico que un tratado de teología. Si el novelista permanece fiel á los cánones de su arte, su obra tendrá mucho de impersonal, y él debe permanecer fuera de su obra. Si podemos inducir ó conjeturar su pensamiento por lo que dicen ó hacen sus personajes, no por eso tenemos derecho para identificarle con ninguno de ellos. En *Gloria*, por ejemplo, ha contrapuesto el Sr. Galdós creyentes de la ley antigua y de la ley de gracia: á unos y otros ha atribuído condiciones nobilísimas, sin las cuales no merecerían llevar tan alta representación; en unos y otros ha puesto también el germen de lo que él llama intolerancia. Es evidente para el lector más distraído, que Galdós no participa de las ideas que atribuye á la familia de los Lantiguas; pero ¿por dónde hemos de suponer que simpatiza con el sombrío

fanatismo de Daniel Morton, ni con la feroz superstición, todavía más de raza y de sangre que de sinagoga, que mueve á Ester Espinosa á deshonrar á su propio hijo? Tales personajes son en la novela símbolos de pasiones más bien que de ideas, porque *Gloria* no es novela propiamente filosófica, de la cual pueda deducirse una conclusión determinada, como se deduce, por ejemplo, del drama de Lessing, *Nathán el Sabio*, que envuelve, además de una lección de tolerancia, una profesión de deísmo. El conflicto trágico que nuestro escritor presenta, es puramente doméstico y de amor, aunque sea todavía poco verosímil en España: es el impedimento de *cultus disparitas* lo que sirve de máquina á la novela; lo que prepara y encadena sus peripecias: el nudo se corta al fin, pero no se suelta; la impresión del libro resulta amarga, desconsoladora, pesimista si se quiere; pero

el verdadero pensamiento teológico del autor queda envuelto en nieblas, porque es imposible que un alma de su temple pueda reposar en el *tantum religio potuit suadere malorum*. Galdós ha padecido el contagio de los tiempos; pero no ha sido nunca un espíritu escéptico ni un espíritu frívolo. No intervendría tanto la religión en sus novelas, si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más ó menos definido y concreto, pero indudable. Y aunque todas sus tendencias sean de moralista al modo anglo-sajón, más bien que de metafísico ni de místico, basta la más somera lectura de los últimos libros que ha publicado para ver apuntar en ellos un grado más alto de su conciencia religiosa; una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale; un contenido dogmático mayor, aun dentro de la parte ética, y de vez en cuando ráfagas de cristianismo positivo, que vie-

nen á templar la aridez de su antiguo estoicismo. Esperemos que esta saludable evolución continúe, como de la generosa naturaleza del autor puede esperarse, y que la gracia divina ayude al honrado esfuerzo que hoy hace tan alto ingenio, hasta que logre á la sombra de la Cruz la única solución del enigma del destino humano.

Pero tornando á *Gloria*, diremos que, aunque esta novela nada pruebe, es literariamente una de las mejores de Galdós, no sólo porque está escrita con más pausa y aliño que otras, sino por la gravedad de pensamiento, por lo patético de la acción, por la riqueza psicológica de las principales figuras, por el desarrollo majestuoso y gradual de los sucesos, por lo hábil é inesperado del desenlace y, principalmente, por la elevación ideal del conjunto, que no se empaña ni aun en aquellos momentos en que la emoción

es más viva. Con más desaliño, y también con menos caridad humana y más dureza sectaria, está escrita *La Familia de León Roch*, en que se plantea y no se resuelve el problema del divorcio moral que surge en un matrimonio por disparidad de creencias, atacándose de paso fieramente la hipocresía social en sus diversas formas y manifestaciones. El protagonista, ingeniero sabio é incrédulo, es tipo algo convencional, repetido por Galdós en diversas obras, por ejemplo, en *Doña Perfecta*, que como cuadro de género y galería de tipos castizos, es de lo más selecto de su repertorio, y lo sería de todo punto si no asomasen en ella las preocupaciones anti-clericales del autor, aunque no con el dejo amargo que hemos sentido en otras producciones suyas.

Con las tres últimamente citadas, abrió el Sr. Galdós la serie de sus *Novelas es-*

pañolas contemporáneas, que cuenta á la hora presente más de veinte obras diversas, algunas de ellas muy extensas, en tres ó cuatro volúmenes, enlazadas casi todas por la reaparición de algún personaje, ó por línea genealógica entre los protagonistas de ellas, viniendo á formar todo el conjunto una especie de *Comedia humana*, que participa mucho de las grandes cualidades de la de Balzac, así como de sus defectos. Para orientarse en este gran almacén de documentos sociales, conviene hacer, por lo menos, tres subdivisiones, lógicamente marcadas por un cambio de manera en el escritor. Pertenecen á la primera las novelas idealistas que conocemos ya, á las cuales debe añadirse *El Amigo Manso*, delicioso capricho psicológico, y *Marianela*, idilio trágico de una mendiga y un ciego; menos original quizá que otras cosas de Pérez Galdós, pero más poético y delicado: en

el cual, por una parte, se ve el reflejo del episodio de Mignon en *Wilhelm Meister*, y por otra aquel procedimiento antitético familiar á Víctor Hugo, combinando en un tipo de mujer la fealdad de cuerpo y la hermosura de alma, el abandono y la inocencia.

La segunda fase (tercera ya en la obra total del novelista) empieza en 1881 con *La Desheredada*, y llega á su punto culminante en *Fortunata y Jacinta*, una de las obras capitales de Pérez Galdós, una de las mejores novelas de este siglo. En las anteriores, siento decirlo, á vueltas de cosas excelentes, de pinturas fidelísimas de la realidad, se nota con exceso la huella del naturalismo francés, que entraba por entonces á España á banderas desplegadas, y reclutaba entre nuestra juventud notables adeptos, muy dignos de profesar y practicar mejor doctrina estética. Hoy todo aquel estrépito ha

pasado con la rapidez con que pasan todos los entusiasmos ficticios. Muchos de los que bostezaban con la interminable serie de los *Rougon Macquart* y no se atrevían á confesarlo, empiezan ya á calificar de pesadas y brutales aquellas narraciones; de trivial y somera aquella psicología, ó dígase psico-física; de bajo y ruín el concepto mecánico del mundo, que allí se inculca; de pedantesco ó incongruente el aparato pseudo-científico con que se presentan las conclusiones del más vulgar *determinismo*, única ley que en estas novelas rige los actos, ó más bien los apetitos de la que llaman *bestia humana*, víctima fatal de dolencias hereditarias y de crisis nerviosas; con lo cual, además de decapitarse al sér humano, se aniquila todo el interés dramático de la novela, que sólo puede resultar del conflicto de dos voluntades libres, ó bien de la lucha entre la libertad y la pasión.

Había, no obstante, en el movimiento naturalista, que en algunos puntos era una degeneración del romanticismo, y en otros un romanticismo vuelto del revés, no sólo cualidades individuales muy poderosas, aunque por lo común mal regidas, sino una protesta, en cierto grado necesaria, contra las quimeras y alucinaciones del idealismo enteco y amanerado; una reintegración de ciertos elementos de la realidad dignísimos de entrar en la literatura, cuando no pretenden ser exclusivos; y una nueva y más atenta y minuciosa aplicación, no de los cánones científicos del método experimental, como creía disparatadamente el patriarca de la escuela, sino del simple método de observación y experiencia, que cualquier escritor de costumbres ha usado; pero que, como todo procedimiento técnico, admite continua rectificación y mejora, porque la técnica

es lo único que hay perfectible en arte.

Galdós aprovechó en numerosos libros de desigual valor toda la parte útil de la evolución naturalista, esmerándose, sobre todo, en el individualismo de sus pinturas; en la riqueza, á veces nimia, de detalles casi microscópicos; en la copia fiel, á veces demasiado fiel, del lenguaje vulgar, sin excluir el de la hez del populacho. No fué materialista ni determinista nunca; pero en todas las novelas de este segundo grupo, se ve que presta mucha y muy loable atención al dato fisiológico y á la relación entre el alma y el temperamento. Así, en *Lo Prohibido*, verbigracia, Camila, la mujer sana de cuerpo y alma, se contrapone física y moralmente al neurótico y degenerado protagonista. Por abuso de esta disecación, que á veces da en cruda y feroz, *Polo*, el clérigo relajado y bravío de *Tormento*, difiere profundamente de aná-

logos personajes de los *Episodios*, y quizá sea más humano que ellos; pero no alcanza su talla ni su prestigio épico.

La mayor parte de las novelas de este grupo, además de ser españolas, son peculiarmente madrileñas, y reproducen con pasmosa variedad de situaciones y caracteres la vida del pueblo bajo y de la clase media de la capital; puesto que de las costumbres aristocráticas ha prescindido Galdós hasta ahora, ya por considerarlas mera traducción del francés y, por tanto, inadecuadas para su objeto, ya porque su vida retirada y estudiosa le ha mantenido lejos del observatorio de los salones, aunque con los ojos muy abiertos sobre el espectáculo de la calle. Tienen estos cuadros un valor sociológico muy grande, que ha de ser apreciado rectamente por los historiadores futuros; tienen á veces un gracejo indisputable en que el novelista no desmiente su pro-

sapia castellana; tienen, sobre todo, un hondo sentido de caridad humana, una simpatía universal por los débiles, por los afligidos y menesterosos, por los niños abandonados, por las víctimas de la ignorancia y del vicio, y hasta por los cesantes y los llamados *cursis*. Todo esto, no sólo honra el corazón y el entendimiento de su autor, y da á su labor una finalidad muy elevada, aun prescindiendo del puro arte, sino que redime de la tacha de vulgaridad cualquiera creación suya, realza el valor representativo de sus personajes y ennoblece y purifica con un reflejo de belleza moral hasta lo más abyecto y ruín: todo lo cual separa profundamente el arte de Galdós de la fiera insensibilidad y el *dilettantismo* inhumano con que tratan estas cosas los naturalistas de otras partes. Pero no se puede negar que la impresión general de estos libros es afflictiva y penosa, aunque

no toque en los lindes del pesimismo; y que en algunos la fetidez, el hambre y la miseria, ó bien las angustias de la pobreza vergonzante y los oropeles de una vanidad todavía más triste que ridícula, están fotografiados con tan terrible y acusadora exactitud, que dañan á la impresión serena del arte y acongojan el ánimo con visiones nada plácidas. ¡Qué distinta cosa son las escenas populares, de ese mismo pueblo de Madrid, llenas de luz, color y alegría, que Pérez Galdós había puesto en sus *Episodios*, robando el lápiz á Goya y á D. Ramón de la Cruz! Y en otro género, compárese la tétrica *Desheredada* con aquella inmensa galería de novelas *lupanarias* de nuestro siglo xvi, en que quedó admirablemente agotado el género (con más regocijo, sin duda, que edificación ni provecho de los lectores), y se verá que algo perdió Galdós con afrancesarse en los procedimien-

tos, aunque nunca se afrancesase en el espíritu.

¡Fatal influjo el de la tiranía de escuela aun en los talentos más robustos! Porque los defectos que en esta sección de las obras de Galdós me atrevo á notar, proceden de su escuela únicamente, así como todo lo bueno que hay en ellas es propio y peculiar de su ingenio. Es más: son defectos cometidos á sabiendas, y que, bajo cierto concepto de la novela, se razonan y explican. La falta de selección en los elementos de la realidad; la prolija acumulación de los detalles; esa selva de novelas que, aisladamente consideradas, suelen no tener principio ni fin, sino que brotan las unas de las otras con enmarañada y prolífica vegetación, indican que el autor procura remedar el oleaje de la vida individual y social, y aspira, temerariamente quizá, pero con temeridad heroica, sólo permitida á tan

grandes ingenios como el suyo y el de Balzac, á la integridad de la representación humana, y por ella á la creación de un *microcosmos* poético, de un mundo de representaciones todo suyo, en que cada novela no puede ser más que un fragmento de la novela total, por lo mismo que en el mundo nada empieza ni acaba en un momento dado, sino que toda acción es contigua y simultánea con otras.

Pero hay entre estas novelas de Galdós una que para nada necesita del apoyo de las demás, sino que se levanta sobre todas ellas cual majestuosa encina entre árboles menores; y puede campear íntegra y sola, porque en ninguna ha resuelto con tan magistral pericia el arduo problema de convertir la vulgaridad de la vida en materia estética, *aderezándola* y *sazonándola* (como él dice) *con olorosas especias*, lo cual inicia ya un cambio en

sus predilecciones y manera. Tal es *Fortunata y Jacinta*, libro excesivamente largo, pero en el cual la vida es tan densa; tan profunda á veces la observación moral; tan ingeniosa y amena la psicología, ó como quiera llamarse aquel entrar y salir por los subterráneos del alma; tan interesante la acción principal en medio de su sencillez; tan pintoresco y curioso el detalle, y tan amplio el escenario, donde caben holgadamente todas las transformaciones morales y materiales de Madrid desde 1868 á 1875, las vicisitudes del comercio al por menor y las peripecias de la revolución de Septiembre. Es un libro que da la ilusión de la vida: tan completamente estudiados están los personajes y el medio ambiente. Todo es vulgar en aquella fábula, menos el sentimiento; y, sin embargo, hay algo de épico en el conjunto, por gracia, en parte, de la manera franca y valiente del

narrador, pero todavía más de su peregrina aptitud para sorprender el íntimo sentido é interpretar las ocultas relaciones de las cosas, levantándolas de este modo á una región más poética y luminosa. Por la realización natural, viviente, sincera; por el calor de humanidad que hay en ella; por la riqueza del material artístico allí acumulado, *Fortunata y Jacinta* es uno de los grandes esfuerzos del ingenio español en nuestros días, y los defectos que se la pueden notar, y que se reducen á uno solo, el de no presentar la realidad bastante depurada de escorias, no son tales que puedan contrapesar el brío de la ejecución, con que prácticamente se demuestra que el ideal puede surgir del más humilde objeto de la naturaleza y de la vida, pues, como dice un gran maestro de estas cosas, no hay ninguno que no presente una faz estética, aunque sea eventual y fugitiva.

Si alguna de las posteriores fábulas de nuestro autor pudiera rivalizar con ésta, sería, sin duda, *Angel Guerra*, principio de una evolución cuyo término no hemos visto aún, pero de la cual debemos felicitarnos desde ahora, porque en ella Galdós, no sólo vuelve á la *novela novelesca* en el mejor sentido de esta fórmula, sino que demuestra condiciones no advertidas en él hasta entonces, como el sentido de la poesía arqueológica de las viejas ciudades castellanas; y entra además, no diré que con paso enteramente firme, pero sí con notable elevación de pensamiento, en un mundo de ideas espirituales y aun místicas, que es muy diverso del mundo en que la acción de *Gloria* se desenvuelve. Algo ha podido influir en esta nueva dirección del talento de Galdós el ejemplo del gran novelista ruso Tolstoi; pero mucho más ha de atribuirse este cambio á la depuración progresi-

va, aunque lenta, de su propio pensamiento religioso, no educado, ciertamente, en una disciplina muy austera, ni muy avezado, por sus hábitos de observación concreta, á contemplar las cosas *sub specie æternitatis*, pero muy distante siempre de ese ateísmo práctico, plaga de nuestra sociedad aun en muchos que alardean de creyentes; de ese mero pensar relativo, con el cual se vive continuamente fuera de Dios, aunque se le confiese con los labios y se profane para fines mundanos la invocación de su santo nombre.

Esta misma tendencia persiste en *Nazarín*, novela en cuyo análisis no puedo detenerme ya, como tampoco en el de la trilogía de *Torquemada*, espantable anatomía de la avaricia; ni menos en los ensayos dramáticos del Sr. Galdós, que aquí, como en todas partes, no ha venido á traer la paz, sino la espada, rom-

piendo con una porción de convenciones escénicas, transplantando al teatro el diálogo franco y vivo de la novela, y procurando más de una vez encarnar en sus obras algún pensamiento de reforma social, revestido de formas simbólicas, al modo que lo hacen Ibsen y otros dramaturgos del Norte. Si no en todas estas tentativas le ha mirado benévola la caprichosa deidad que preside á los éxitos de las tablas, todas ellas han dado motivo de seria meditación á críticos y pensadores; y aun suponiendo que el autor hubiese errado el camino, *in magnis voluisse sat est*, y hay errores geniales que valen mil veces más que los aciertos vulgares.

Tal es, muy someramente inventariado, el caudal enorme de producciones con que el Sr. Galdós llega á las puertas de esta Academia. Sin ser un prosista rígidamente correcto, á lo cual su propia

fecundidad se opone, hay en sus obras un tesoro de lenguaje familiar y expresivo. Ha estudiado más en los libros vivos que en las bibliotecas; pero dentro del círculo de su observación, todo lo ve, todo lo escudriña, todo lo sabe: el más trivial detalle de artes y oficios, lo mismo que el más recóndito pliegue de la conciencia. Sin aparato científico, ha pensado por cuenta propia sobre las más arduas materias en que puede ejercitarse la especulación humana. Sin ser historiador de profesión, ha reunido el más copioso archivo de documentos sobre la vida moral de España en el siglo XIX. Quien intente caracterizar su talento, notará desde luego que, sin dejar de ser castizo en el fondo, se educó por una parte bajo la influencia anatómica y fisiológica del arte de Balzac; y por otra en el estudio de los novelistas ingleses, especialmente de Dickens, á quien se pa-

rece en la mezcla de lo plástico y lo soñado, en la riqueza de los detalles mirados como con microscopio, en la atención que concede á lo pequeño y á lo humilde, en la poesía de los niños y en el arte de hacerlos sentir y hablar; y finalmente, en la pintura de los estados excepcionales de conciencia, locos, sonámbulos, místicos, iluminados y fanáticos de todo género, como el maestro Sarmiento, Carlos Garrote, Maximiliano Rubín y Angel Guerra. Diríase que estas cavernas del alma atraen á Galdós, cuyo singular talento parece formado por una mezcla de observación menuda y reflexiva y de imaginación ardiente, con vislumbres de iluminismo, y á veces con ráfagas de teosofía. Se le ha tachado unas veces de frío; otras de hiperbólico en las escenas de pasión. Para nosotros, esa frialdad aparente disimula una pasión reconcentrada que el arte no deja

salir á la superficie: *parcentis viribus et extenuantis eas consulto*, como decían los antiguos. En su modo de ver y de concebir el mundo, Galdós es poeta, pero le falta algo de la llama lírica. En cambio, pocos novelistas de Europa le igualan en lo transcendental de las concepciones, y ninguno le supera en riqueza de inventiva. Su vena es tan caudalosa, que no puede menos de correr turbia á veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles. Si Balzac, en vez de levantar el monumento de la *Comedia humana*, con todo lo que en él hay de endeble, tosco y monstruoso, se hubiera reducido á escribir un par de novelas por el estilo de *Eugenia Grandet*, sería ciertamente un novelista muy estimable; pero no sería el genial, opulento y desbordado Balzac que conocemos. Galdós, que tanto se le parece, no valdría más si fuese menos

fecundo, porque su fecundidad es signo de fuerza creadora, y sólo por la fuerza se triunfa en literatura como en todas partes.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sin poner en duda la sinceridad de cuantos predecesores míos en este sitio y en otras tantas ocasiones idénticas á ésta, se han lamentado de ser poco merecedores y hasta indignos de ocuparle, puedo afirmar yo, con el testimonio de los que, de vosotros, me conocen de cerca, que si no existiera, consagrada por el uso y admitida por las leyes de la cortesía, aquélla casi fórmula de encaje, habría que inventarla hoy para mí; porque si hay un hombre que, verdaderamente, pueda considerarse en este recinto fuera de su elemento natural y propio, ese hombre soy yo, que «de mis soledades

vengo,» avezado á contemplar el sol á través de los follajes de la tierra nativa, y expuesto aquí, de repente, á los rayos de su luz deslumbradora, sin la interposición de una sola nube que la empañe y temple sus rigores en el hermoso cielo en que surge y centellea. Y válgame lo que significa esta declaración honrada y cordial, como medida de la gratitud que os debo, y hasta de mi asombro por atreverme á decirlo en estas alturas, jamás contadas entre las limitadísimas ambiciones de mi vida.

Pero independientemente de estos motivos, hay otro, de índole tan especial, que, como comprenderíais desde luégo si me fuera lícito publicarle con todos sus interesantes pormenores, basta por sí solo para que yo mire y considere con un respeto rayano del temor supersticioso, el sitio que me habéis designado al quedar vacante por la muerte de vuestro in-

signe compañero y muy querido y admirado amigo mío, el Sr. D. José de Castro y Serrano.

Es ambición corriente, por no decir innata, en las gentes aficionadas á la lectura, y muy en particular de obras de imaginación, la de conocer personalmente al autor de los libros más de su gusto, y hecho muy comprobado por la experiencia, que rara vez se satisface una codicia de éstas sin el castigo de un desencanto. Ni en lo moral ni en lo físico, suele resultar la persona que ha forjado la imaginación. No es raro que el autor de unas páginas en que chisporrotean los donaires y las filigranas de un ingenio vivo y regocijado, sea un hombre macizo, basto de líneas, torpe y seco de palabra y perezoso de ideas; ó, al contrario, que hayan brotado de la pluma de un sujeto enfermizo, débil y atrabiliario,

aquellos capítulos espléndidos, gallardos y viriles que nos entusiasmaron en letras de molde. Castro y Serrano era una señaladísima excepción en ésta que yo tengo por regla punto menos que general. El hombre y el escritor eran una misma cosa. Oírle, equivalía á leerle; y mucho de lo que en ocasiones se adivinaba en el libro, todo lo que la malicia daba por entendido en las páginas impresas, podía verse confirmado en labios del autor; y siempre llegaba á dudarse cuál, entre lo escrito y lo hablado, entretenía y cautivaba más.

Proverbiales son entre vosotros y cuantos tuvieron la fortuna de intimar con él, su exquisita cultura, su incomparable gracejo, su palabra chispeante, sus donaires y agudezas, contenidos siempre en los linderos de la más correcta educación; aquél, en fin, su *don de gentes*, por cuya virtud se le abrían puertas y cora-

zones. Y por ser ello tan sabido, no quiero insistir en la pintura de este aspecto interesantísimo de una figura de tan simpático relieve en el cuadro de la literatura española de estos últimos tiempos. Yo no fuí de los afortunados que le trataron mucho; pero me glorío de ser de los que con mayor desinterés admiraron sus prendas personales y sus dotes de escritor. Me tocó conocer las primeras en los últimos años de su vida, y lo breve de este goce dobló en mi corazón el sentimiento de su muerte.

Como escritor, no fué de los llamados *de alto vuelo*; pero sí de los que, volando á flor de tierra, mejor han sabido mirar hacia arriba para orientarse acá abajo en la tarea de buscar, para sus inspiraciones de artista, el lado más útil y pintoresco de la vida humana. De este modo consiguió tan á menudo extraer oro finísimo del barro común de las flaquezas

más vulgares y corrientes en el mundo de la realidad, y con la sutileza de su observación, descubrir y estimar lo que á la simple vista parecía más oculto ó más insignificante. Con arte exquisito lo daba color y forma: lo demás era obra privativa y misteriosa de su corazón, henchido siempre de nobles y hermosos sentimientos. Así logró más de una vez inclinar los caritativos de sus lectores al alivio de grandes y verdaderos infortunios, presentados como asuntos de sus cuadros literarios. Por cierto que los triunfos de este linaje debieron de ser los que más le halagaron, porque, ó no hay vanidad lícita en la tierra, ó debe serlo la de poseer una pluma con la virtud extraña de convertir las palabras que traza y las ideas que diluye en un papel, en pan y abrigo para los hambrientos, desnudos y desamparados.

De la solidez de sus escritos da testi-

monio, particularmente en los de crítica y sátira, pero sátira culta, comedida y urbana, el interés con que aún se leen, no obstante lo envejecido y remoto de las costumbres ó de los asuntos á que se refieren algunos de ellos; y cito por ejemplo las *Cartas trascendentales* y *La Novela del Egipto*, dos de los libros más leídos y con mayor justicia popularizados en España.

Quizás le fué la palabra más dócil que la pluma, porque se ve en sus escritos la huella del escrúpulo y el paso de la lima; pero nada de ello, como trabajo de artista delicado, quita brillo ni frescura á la obra de arte: antes la perfecciona y embellece. Así andan en sus libros las sanas y honradas ideas expresadas en lenguaje y estilo primorosos, lo mismo en lo festivo que en lo grave, porque á ambos tonos se adaptaba igualmente la complexión literaria del insigne escritor granadino.

«Si queréis ser leídos, sed amenos,» dijo al entrar por vez primera en esta Casa. Y al hablar así, predicaba con el ejemplo, porque cabalmente es la amabilidad el encanto mayor de esas obras que le conquistaron un lugar de preferencia en la literatura contemporánea, y un puesto merecidísimo entre vosotros.

Del Académico, no debo ser yo quien hable sino para decir que fué bien poco afortunado en el sucesor que le cupo en suerte; porque un escritor como él, hombre, á la vez, que alcanzó, por lo notorio de sus virtudes y talentos, el raro privilegio de pasar á mejor vida sin dejar en el mundo un enemigo que con su enconada protesta turbe y desconcierte el nutrido coro de alabanzas de sus admiradores, merecía en esta ocasión pánegírico más resonante y autorizado que el que le tributa, en estos pocos y descosidos renglones, mi pluma inhábil y

torpe, aunque la muevan impulsos de cariño y de admiración.

En rigor, y juzgando de estos actos y de estas cosas por los cánones de mi propio criterio, no muy de fiar, aquí debiera poner fin á mi tarea, pues que en lo dicho se contiene ya cuanto puede pedirse á un hombre de bien y muy agradecido, al atravesar los umbrales que se le franquean, por inmerecido favor, de una morada cuyo esplendor y señorío le imponen y amedrentan; pero la costumbre admitida, ó los preceptos reglamentarios de esta Casa, piden algo más; y yo, sometiéndome respetuosamente á esa ley, aunque muy dura para mí, voy á intentar su cumplimiento, no dogmatizando sobre punto alguno de los innumerables de vuestra competencia bien acreditada, sino apuntando algunas observaciones, á mi modo y á la buena de

Dios, sobre aquello que menos mal se me alcanza dentro de la jurisdicción de mi temperamento literario, en el cual habéis visto vosotros, con gran sorpresa mía, méritos bastantes para traerme á vuestro lado.

Hablaré, pues, en cumplimiento de aquel penoso deber, que vuelvo á mencionar para ofrecérosle por disculpa de la mortificación que he de causaros, de la novela; pero no de la novela como género, sino de una de sus variedades ó especies, la más acomodada á la extensión de mis alcances: la *novela regional*.

Se ha convenido en dar este nombre á aquélla cuyo asunto se desenvuelve en una comarca ó lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella; con lo que queda dicho implícitamente que no cae dentro

de aquella denominación la novela *urbana*, de donde quiera que fuere la ciudad, siempre que sea de las que *se visten á la moderna* y se rigen por la ley de todas las sociedades llamadas cultas por ir absorbidas, y muy á su gusto, en el torrente circulatorio de las modas reinantes. La novela á que yo me refiero aquí, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable, que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte, que con el humano artificio de *las circunstancias*; y casi me atrevo á asegurar que en pocas naciones del mundo tiene esta importante rama de la literatura tan bien cimentada su razón de existencia, como en España, cuya unidad moral es, por la firmeza de su cohesión, tan de notarse, como la falta de ella en sus precedentes históricos y etnográficos, y en sus costumbres, climas y temperamentos. Se impone, pues,

aquí la novela regional, como se impone el sentimiento que la engendra y produce: el regionalismo, pasión acerca de la cual tiene el vulgo de los que discurren en los centros populosos y descoloridos, muy equivocados conceptos.

En opinión de estos aprensivos, el sentimiento, no ya la pasión, del regionalismo, conduce á la desmembración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política, de la patria de todos, de *la patria grande*. Yo no sé si existirá algún caso de éstos en la tierra española, y, por de pronto, le niego, porque no le concibo en mi lealtad de castellano viejo; pero exista ó no, no es ese el regionalismo que yo profeso y ensalzo, y se nutre del amor al terruño natal, á sus leyes, usos y buenas costumbres; á sus aires, á su luz, á sus panoramas y horizontes; á sus fiestas y regocijos tradicionales, á sus consejas y baladas, al aroma de sus campos, á los

frutos de sus mieses, á las brisas de sus estíos, á las *fogatas* de sus inviernos, á la mar de sus costas, á los montes de sus fronteras; y como compendio y suma de todo ello, al hogar en que se ha nacido y se espera morir; al grupo de la familia cobijada en su recinto, ó á las sombras veneradas de los que ya no existen de ella, pero que resucitan en el corazón y en la memoria de los vivos, en cada rezo de los que pide por los muertos, entre las tinieblas y el augusto silencio de la noche, la voz, que jamás se olvida, de la campana de la Iglesia vigilante..... Y así, por este orden, hasta lo que no se cuenta por números. Pues á este regionalismo le tengo yo por saludable, elevado y patriótico; y no comprendo cómo se le puede conceptuar de otra manera menos honrosa sin desconocer y confundir lastimosamente los organismos fundamentales de los Estados; organismos

cuya consistencia no dimana de unas cuantas leyes estampadas en un papel, por la convicción ó la conveniencia de unos cuantos hombres erigidos en legisladores, sino de algo que puso Dios en la esencia de otros más humildes; algo que se roza más con el alma que con el cuerpo; con el espíritu que se eleva, que con la materia que se arrastra; algo en que no se fijan los hombres tocados del vértigo de la preponderancia en todos los aspectos de las humanas ambiciones, y que, sin embargo, es la única sangre rica que va quedando en el cuerpo social, medio podrido á estas horas, si no mienten las señales que todos lamentáis á cada instante en libros y papeles.

Pero aun considerado este regionalismo como mera pasión romántica y sentimental, es acreedor á mayores respetos que los que debe al llamado *modernismo* hoy triunfante, que alardea de

desdeñarle siempre que le encuentra al paso, cuando no le escarnece y vilipendia, como á cosa vetusta y mal oliente, nocivo á la salud de las nuevas ideas, y estorbo á las corrientes de la cultura social y del progreso humano, incompatible, por lo visto, con toda casta de fronteras, las ideales inclusive; porque, á mi modo de ver, no sienta mal un poco de estética hasta en la ciencia de los números y en la prosa de la vida doméstica, y no puedo convencerme de que á un caudal le perjudique el estar compuesto de muchos tipos de moneda, ni de que los vínculos de una familia se relajen porque el hijo militar se engría con sus arreos marciales, el sacerdote con sus negros talarés y su púlpito, y el abogado con su toga y sus batallas forenses. Al cabo, de varios miembros se compone un cuerpo bien constituido, y ningún miembro se parece á otro, ni en la forma ni en el

destino que le está señalado por la naturaleza.

Quien haya tenido la desgracia de nacer y vivir entre calles urbanizadas y vecinos temporeros, sin otros horizontes á la vista que las dos bocas extremas de la calle, ni otro cielo que la menguada tira de él columbrada por la rendija de los contrapuestos aleros de ambas aceras, y se sienta arrastrado por las seducciones de la vida mundana, por la fiebre de la política ó la fiebre de la Bolsa, ó por el hechizo de los salones y espectáculos; quien viva, en suma, obligado por el gusto ó por la necesidad, aclimatado á los ruidos de las muchedumbres y al estruendo de las máquinas, y, como reñido con el sol, acostándose al amanecer y despertando á la caída de la tarde, no puede ser juez competente en esta clase de litigios. No sabrá nunca, no penetrará jamás lo que hablan, lo que dicen, lo

que enseñan; la fuerza, el poder atractivo y vivificante que poseen esos mil componentes de la vida regional gozada al aire libre y «de padres á hijos,» sin las trabas y cortapisas del código del llamado «bien vivir» en los centros populosos; lo que esas cosas, tan pequeñas, comparadas con lo que ahora se entiende por grande, arraigan en el espíritu de quien se haya formado entre ellas; cómo las lleva en el corazón y en la memoria adonde quiera que va, y le guían y confortan en las prosperidades y en los infortunios de la vida, y son el norte fijo de sus grandes ilusiones para el día, ambicionado siempre, de su vuelta al solar abandonado por los rigores de la necesidad.

No me atrevo á decir que les suceda lo propio á los hijos de las grandes poblaciones, á los nacidos y formados entre los hormigueros de sus calles, con

los recuerdos, mal grabados en la memoria, de una vivienda, de una plaza ó de un holgadero cualquiera, que ya no existen ó han cambiado de forma y de destino varias veces por imperio de una ley de *conveniencia pública*; pero no se puede negar que el hombre de las ciudades se acomoda fácilmente á vivir y morir en otras semejantes fuera de su patria, ni que esto jamás le sucede al hombre de la región, especialmente si es montañosa, que siempre vuelve á ella, como no se lo impida la mala fortuna, aunque no sea más que para morir al amparo de la cruz del campanario y entregar la inútil carga de sus huesos á la tierra sagrada del pobre camposanto de su remoto y escondido lugar.

Repito que conozco lo mísero del precio que estas minucias de la vida sencilla, obscura y semipatriarcal, alcanzan en el mercado en que tan alto se avalo-

ran los llamados «grandes intereses» de la vida moderna; pero también me consta, con toda certidumbre, que no son tan de despreciar entre los hombres de bien cultivado entendimiento, que todavía se resisten á dejarse conducir entre las pias de Epicuro, porque saben que tienen un alma, la cual necesita, por su destino y por su origen, un ambiente puro en que respirar, y que este ambiente no abunda en el espacio en que se revuelven las desenfrenadas ambiciones que imprimen sello y carácter á los tiempos que corren y á las gentes que se usan. De todas maneras, y por eso le apunto, el dato no deja de ser de fuerza contra los aprensivos que afirman que el entusiasmo por el terruño natal, es decir, por la *patria chica*, amengua el amor á la *patria grande*. ¡Como si la idea de toda esta patria no cupiera en aquel pedazo suyo! ¡Como si hasta para dar la vida por ella,

no fuera aguijón más poderoso que una imperfecta y vaga abstracción simbólica, el conocimiento y la posesión de una realidad palpable!

Pero no es éste el fin á que yo quiero ir á parar por la senda elegida de propio intento, aunque no me disgusta haberme tropezado con él de pasada: lo que me he propuesto, sencillamente, es presentaros un esbozo siquiera de lo que yo entiendo por región y por regionalismo, como campo de observación y materia inspiradora de la novela que ha de ser objeto de las consideraciones con que, bien á pesar mío, he de seguir molestándoos; sólo que en nadie como en mí se cumple lo de que «rara vez se corta por donde se señala,» ni en ningún trance de mi vida han andado tan desacordes como en éste, el sentimiento de la materia tratada y los medios de su expresión clara y metódica.

Quería yo deciros que el regionalismo de que voy hablando no tiene nada que ver con la Geografía política, ni con la Historia, ni con la ley fundamental del Estado, ni mucho menos con el Catastro nacional y demarcación de fronteras; ni con nadie ni con nada está reñido, sino con la pompa de los salones, el tufo de las grandes industrias, los «hombres de negocios» y el ajeteo político con todos sus derivados, congéneres, similares y *partehabientes*; y de aquí que pueda extenderse su jurisdicción hasta la ciudad misma, ó á la parte de ella en que, por milagro de Dios, respire todavía, como salamandra en el fuego, algo de la masa pintoresca del pueblo original y castizo, con su fe y sus gustos y sus leyes de abolengo. Donde algo de esto quede, allí hay regionalismo de ese que yo profeso y ensalzo y me atrevo á presentaros como rica, inagotable cantera en que acopia

sus materiales la novela regional, ó rústica, ó, más genérica y expresiva y propiamente hablando, la novela popular, y, por ende, nacional, española neta.

Dicho esto, y bien considerada su índole singularísima, la sencillez de colorido y contextura de sus elementos principales, se da por entendido que no basta, por sí solo, para componerla, el buen ingenio, por cultivado que esté en otros ambientes extraños, sino que se necesita llevar en la masa de la sangre el jugo de los componentes, que no podrá asimilarse nunca el novelista, por muy avisgado que sea, llegado, por curiosidad, á la comarca elegida, con la cartera de apuntes en la mano, como si se tratara de inventariar los estragos de un incendio ó los productos de una cosecha; porque bien sabido es que en la pintura de caracteres y costumbres, particularmente los de este linaje, importa más lo *de adentro* que

lo exterior; y lo de adentro no lo ve ni lo siente nadie que no lo lleve consigo y bien infiltrado en el alma; afirmación que me obliga á hacerlos una advertencia, aunque también parezca innecesaria, tratándose de jueces de tan recto pensar como vosotros, y de una sinceridad tan patente como la mía; y es, á saber, que ha de darse también por entendido que lo que diga en elogio de la novela regional, no irá ni siquiera en defensa de las desdichadas que yo compongo, sino de la calidad de los elementos de que me valgo para componerlas y de otros semejantes.

Volviendo al asunto, repito que no anda muy conforme con la definición que dejo hecha de la llamada vulgarmente novela regional, cierta crítica al uso, que no quiere ver en ella otra cosa que una pintura más ó menos fiel, especie de monografía, más ó menos literaria, de un

lugar determinado y de unas gentes y unas cosas singularísimas y excepcionales, fuera de toda relación y comercio con el resto de la patria común; «ordinarieces y vulgaridades» más que suficientemente remuneradas con el «pase» desdenoso del lector «culto y distinguido.» Para estos señores compasivos, que muy á menudo se equivocan, la novela propiamente «seria» y digna de los honores de la crítica sesuda y docta; la novela nacional, legítima, de costumbres españolas, es la de guante blanco, la de los salones elegantes, la de la *alta* banca, de la *alta* política; la filosófica de los *problemas* y *conflictos* en cualquiera de los órdenes y jerarquías del presente estado social, etc. Y es que estos apasionados «modernistas» confunden lo interesante con lo castizo; lo más usual y á la moda, con lo característico y permanente; las ramas con el tronco; porque pase, y de

buen grado mío, que esta novela que tan altos y admirables vuelos ha tomado en el día, sea más interesante y atractiva para mayor número de lectores que la otra, porque es el reflejo del estado actual de ciertas cosas en muchas partes del mundo; pero por lo mismo que es así; por lo mismo que su asunto es moneda corriente en todos los salones, ó en todos los talleres, ó en todas las plazas públicas, en todas las sociedades, en fin, que alcanzan altura igual en el nivel de la cultura moderna, no puede ser la novela de ninguna de esas partes, porque está formada de elementos comunes á todas ellas; y todo lo podrá ser en España, que es la nación de Europa que más de lo ajeno va vestida, cuando á la moda se viste, menos novela de *costumbres españolas*, porque no son genuinamente españoles ni el modo de ser de sus personajes, ni los fondos de su escenario, ni

siquiera las pasiones ó virtudes que en ella juegan.

A la francesa..... ó á la inglesa, se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja, y se piensa; á las horas que en Francia ó en Inglaterra, se sientan á comer nuestros próceres y gentes encopetadas; en francés se imprime la minuta de lo que van comiendo y hasta de los famosos vinos españoles que van bebiendo; extranjeros son los criados que hormiguan en derredor de la mesa; extranjero el vestido que los confunde con sus amos; extranjeros el aparato y los nombres de cada mueble y objeto de la estancia; extranjera la lengua que á ratos se habla entre los satisfechos comensales; extranjera la decoración del resto de la casa, y extranjeros, en fin, han de ser los libros que lean en sus ratos de ocio las señoras que la habitan. Al prócer ostentoso re-

meda el industrial acaudalado, y á éste el tendero presumido y el rentista vanidoso; y así, por esta escala abajo, hasta el empleadillo del entresuelo y el barbero de la esquina. Al teatro nacional le ahogan, como la yedra al arbusto que nació sano y vigoroso, los mal llamados *arreglos* de las producciones del vecino; de malas traducciones se nutren y atiborran los folletines de nuestros papeles públicos, y sabe Dios en qué lengua están escritas las restantes secciones de muchos de ellos; el deslavazado cuadrúpedo inglés ha sustituido en calles y paseos al gallardo potro jerezano, y á la hora presente ya le encuentra su jinete caprichoso menos divertido y elegante que pernear, encorvado y á horcajadas, sobre un artefacto, exótico también. De afuera han venido ciertas ideas que, ó porque no son buenas, ó por haber sido mal digeridas, tienen á los hombres, al-

tos y bajos, en perpetua locura y desconcierto. Por último, y en honra nuestra se diga, no brotó en España, tierra de cristianos, el germen venenoso del impulso brutal y despiadado que, con mano española, lanza la bomba mortífera y siembra el estrago sangriento en las muchedumbres desprevenidas é indefensas.

De este modo anda el extranjerismo infiltrado en nuestra vida social; en las costumbres que seguimos, dentro y fuera del hogar; en los nombres de las cosas más usuales y corrientes; en las ideas que ventilamos, en las leyes que nos rigen, y hasta en la lengua que se habla, y en los libros que se leen, y en la atmósfera que se respira. Y yo pregunto en vista de ello: ¿se puede construir con estos materiales extranjeros, y sin un milagro de Dios, una obra española, en el sentido en que debe tomarse esta pa-

labra cuando se trata de obras de arte? Responda el más obcecado *modernista*, y advierta de paso que, al negar esta condición á esa novela que tantas y tantas otras eminentísimas posee, no hago más que reclamar lo que el vulgo equivocadamente le adjudica, para dárselo á quien pertenece en buen derecho: á la novela regional, motivo de estas descosidas é insignificantes observaciones. Porque, ó no hay novela propiamente española, ó lo es ésta, hecha precisamente con los elementos indígenas desdeñados ó desconocidos por la otra; lo es, repito, esta novela, la novela de la provincia, la novela del campo ó de la costa; la del pueblo, en fin, alto ó bajo, urbano ó rústico, pero pueblo siempre, libre aún del contagio de esa invasión extraña, que todo lo desnaturaliza, confunde y amontona; del pueblo con sus leyes, usos, grandezas y miserias, virtudes y preocupacio-

nes, y, sobre todo, con su lengua original, rica y briosa; con sus modismos provinciales, que son, al decir de una autoridad (1) que no rechazaréis vosotros seguramente, «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana;» de la lengua del *Quijote*, y de todo el inapreciable tesoro de nuestra literatura clásica, del cual es parte principalísima la novela picaresca de los siglos de oro, y cuyos Guzmanes de Alfarache, Lazarillos de Tormes, Rinconetes, Monipodios, Pablos de Segovia y otros tales, bien poco tienen, en verdad, de caballeros elegantes de salón, ó de personajes de Parlamentos y Academias; ilustre y nunca bastante ensalzado abolengo del actual realismo castellano, bien escaso, por desdicha, en el vertiginoso movimiento literario de nuestros días; realis-

(1) Menéndez y Pelayo.

mo apenas advertido por los linceos de la crítica poco há mencionada, y eso para considerarle como esfuerzo, «muy plausible,» de imitación del intruso, desconsolador y, á menudo, mal oliente naturalismo; que á extremos tales conduce la ceguedad humana, ó la fuerza de la rutina pedantesca, que tanto monta.

Pues bien, señores Académicos, y salvo siempre mejor parecer que el mío: yo creo que si no se otorga á la novela regional contemporánea el título de *castizamente española*, hay que negársele también á las citadas de los siglos de oro de nuestra literatura; porque, mal ó bien, hechas están las de hoy con los mismos elementos que las de ayer, y la condición de la hechura no modifica en nada la calidad de las cosas.

Con tiempo que yo no quiero robaros, se podrían establecer aquí unas cuantas diferencias muy substanciales entre las

dos castas de novela á las cuales voy refiriéndome, para venir á parar á que, siendo, como es, la moderna, la de hondo análisis, la filosófica y social, la llamada, en fin, en castellano vigente, aunque bien poco castizo, «alta novela;» siendo ésta, repito, la preeminente hoy, no tanto por la fuerza de la moda, como por el valor positivo que la han dado sus grandes prendas artísticas, no es la otra, la popular, cosa de menospreciarse, y mucho menos tomada en el punto de perfección á que ha llegado la primera.

Os diría, entre otras cosas, que esta novela es á la regional, lo que los cuadros *de taller* son á las pinturas murales: hay en aquélla mayor lujo de composición y de estudio del modelo; la otra es, en cambio, más espontánea y briosa. La primera es la novela de las ideas; la segunda es preferentemente la de los he-

chos, más real, menos retórica. Aquélla estudia las cosas en el estado en que las pone el movimiento incesante de las novedades que pasan; ésta prefiere lo inmovible y duradero; la una pule y cincela, investiga y ahonda en los organismos sociales influidos por el llamado *medio ambiente*; la otra esculpe las figuras de sus cuadros en la roca misma de los montes, al aire libre y á la luz del sol. La primera busca para fondo de sus creaciones el aliño artificioso de la ciudad, hechura de los hombres; la segunda la naturaleza, obra de Dios é inmutable y de todos los tiempos. Aquélla se cuida y se paga más del dibujo, de las filigranas; ésta, del colorido. Por eso es más sencilla, y por ser así, menos interesante que la otra para la gran masa de lectores que respiran el mismo ambiente que el novelista que produce la de su gusto..... aunque estirando un poco la

materia y sin gran esfuerzo, esto del *interés* en las novelas (que no es siempre el *placer estético*) pudiera también dar motivo á otra larga serie de consideraciones que yo haría de muy buena gana, sin el temor de molestaros con ellas. Porque, en primer lugar, ¿qué se entiende por *interés* en una novela? Para un lector adocenado, el que resulta de las complicaciones y sorpresas de su argumento. Todo lo demás huelga para él en el libro.

Para otro lector, de los que se llaman simplemente «bien educados,» es decir, de los que andan muy á punto en lo de vivir á la moda, discretos á su manera y «correctamente» duchos en todos los tiquismiquis de la *buena sociedad*, el interés consiste en que cada personaje y cada accesorio ocupe en la novela de «su mundo» el lugar correspondiente; que el marqués sea siempre marqués, y el laca-

yo, lacayo; y, por último, que todo acabe en el libro como los gladiadores romanos sobre la arena del circo: con la elegancia que piden el escenario y los personajes.

Para otros lectores más *modernistas* aún, es decir, para los tétricos de la negación y de la duda, que son los *mele-nudos* de ahora, el interés estriba en el escalpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano; profundidades sombrías, ¡muy sombrías!.... negras si es posible, y en las cuales no exista nada, absolutamente nada de lo que hemos supuesto en ellas los simples mortales; nada, por consiguiente, de impulsos vírgenes, de ideas madres, de sentimientos nativos, espontáneos; nada de amor ciego, desinteresado y noble, como recurso, como elemento artístico. Este es achaque de tonos, rutinario y vetusto. Si acaso, la pie-

dad puramente filantrópica y razonada, á fin de que el marido, hombre de los refundidos en los últimos troqueles, que no es capaz de hacer dichosa á su mujer, aunque la idolatra y colma de respetos y de lujos, acabe por darle, gustosa y espontáneamente, la libertad que ella desea para ser más feliz con el amante, consentido y aceptado, tiempo hace, en el domicilio conyugal; que á esto y mucho más obliga la *dignidad* del hombre nuevo, sometida á la ley de su razón soberana y luminosa; ley que desconócieron ó profanaron lastimosamente los galanes puntillosos de Lope y Calderón. Mucho «molde nuevo» para todo, y nada, por consiguiente, de Providencia de tejas abajo ni de tejas arriba; algún cadáver que otro por los suelos al final, y, si acaso, el «hombre superior,» héroe de la novela, gozándose á su modo en aquella palpable demostración de la con-

sistencia y buena calidad de su tesis redentora, y condensando su sentir humanitario en un aforismo rimbombante, muy parecido á la blasfemia de otros tiempos.

Suplid vosotros con la memoria los ejemplos que yo me callo, para venir á parar cuanto antes á la afirmación que me atrevo á hacer de que se cuentan por los dedos los lectores que buscan el interés y la verdadera delectación estética en sus legítimas fuentes: en las galas artísticas de la obra; en su desarrollo firme, natural y diáfano; en la verdad eternamente humana de sus caracteres, y, sobre todo, en la concordancia substancial, íntima, justa, del asunto y del lugar, con el lenguaje y el estilo del novelista que los refiere y describe. El mejor asunto tratado impropia, incorrecta ó desaliñadamente por el escritor, resulta, á lo sumo, estatua fría, marmórea y obra más

de cantero que de escultor; porque el lenguaje y el estilo, no solamente han de ser la vida que dé movimiento y color al cuadro literario, sino el alma que le infunda expresión, fisonomía y carácter propios é inequívocos. Y quien esto sabe leer en un libro, sabe igualmente, y sin que yo se lo diga, que todos los idiomas, según dictamen de un meritísimo escritor contemporáneo (1), «tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, independientemente del contenido interior de ideas, de imágenes ó de afectos á que sirven de vestidura, y que esta virtualidad estética radica en la contextura gramatical y sintáctica de la frase, en el valor prosódico de los vocablos, valor que, aun mentalmente, distingue ese cierto oído que reside en el fondo

(1) J. Sardá.

del cerebro; radica en el enlace de las letras, de las sílabas, de las palabras; en la elección de éstas, en el desarrollo de las cláusulas, en el ritmo del período, en la trabazón; en fin, de todos y cada uno de los elementos gramaticales que forman los idiomas..... en la pluma de los escritores privilegiados.»

Privilegio, añado yo, que, como el numen poético, es don de Dios, y no se enseña en ninguna escuela ni se aprende en ningún libro. Es el de la lengua un sentimiento como el de la poesía, como el del color, como el de la música, como el de la escultura. O se nace con él, ó no se adquiere. Donde le hay, se educa y se perfecciona; pero no se crea donde no existe. Así son los gérmenes, el instinto, la vocación del arte en todas y cada una de sus manifestaciones; y por eso en el empeño, en el afán de adquirir aquel don, se concluye por caer en el vicio del

lenguaje *culto*, arcáico, pedantesco y artificioso; pero no se llega jamás al propiamente clásico y castizo, que ha de ser personal, espontáneo, desenvuelto, noble y jugoso; y son ambos lenguajes tan distintos entre sí, aunque el vulgo de los lectores los confunda á cada paso, como la mentira y la verdad, ó el similor de alquimia y el oro nativo y puro.

Pues alguien en mi caso, y más atrevido que yo en lo de sentar jurisprudencia y hacer afirmaciones absolutas, diría aquí, fundado en las razones apuntadas en su lugar correspondiente, que si hay novela bien cortada y dispuesta para engalanarse con esas prendas, es la regional, por la misma sencillez y pureza nativas de sus componentes.

Pero es también innegable, volviendo á lo ya insinuado, que la multiplicidad de gustos, buenos y malos, en lo tocante á novelas, está bien justificada en el

abundante campo que la contemporánea ofrece hoy á la voracidad insaciable de los lectores, y en el buen crédito de que goza una gran parte de ella, sólidamente cimentado en el arte exquisito y en el talento poderoso de sus autores. Y por cierto que á la obra de ese tan glorioso renacimiento, no ha sido la falange española la que ha llegado más tarde ni con peor fortuna; ni esta Casa ilustre la que menor contingente ha dado á esa falange insigne. Testimonio de ello, entre otros que están á la vista, es la persona que habéis designado para apadrinarme en esta solemnidad; y bien sabe Dios cuánto deploro no tener yo otros títulos para merecer tan señalada honra, que la efusión con que la quiero y el entusiasmo con que admiro su ingenio soberano.

Pues esta misma persona, cuya labor literaria (ideas é intenciones aparte, que muy á menudo no son las mías ni de las

que yo aplaudo, como á él le consta sin llevarlo á mal, y le consta también al público que nos lee á los dos), cuya enorme labor literaria, repito, es ya imperecedero monumento del arte español contemporáneo, discurriendo, pocos días hace, en este mismo lugar que yo ocupo ahora, sobre las corrientes que arrastraban é imponían rumbos determinados á la novela de costumbres, terminaba su luminosa disertación dudando cuál sería el último modelo de ella, ó adónde iría á parar, según el andar que llevaba..... Pura modestia de mi ilustre compañero y amigo del alma; porque talento, vista, experiencia y perspicacia le sobran para saber, sabiendo, como ya sabe, en qué para todo lo que corre demasiado y se sale de sus legítimos cauces, sin otro guía que el vértigo de la inquietud y el estímulo de la novedad, que el objeto de sus dudas ha de parar, irremisiblemente—

te, ó en despeñarse, ó en volver al abandonado punto de partida para encauzarse de nuevo.

Sobre la roca solitaria de los mares pasa la furia de los vientos desencadenados, y las olas la flagelan con su azote, cuyas espumas escalan el espacio y se difunden en los plumizos nubarrones que se desgajan del cielo, preñado de tinieblas..... hasta que la ira de los vientos se calma, las aguas se adormecen, brilla el sol espléndido en el azul purísimo de la bóveda celeste, y la roca solitaria vuelve á erguirse inmóvil en la superficie mansa y rumorosa de la mar sin límites.

Pues algo semejante acontece cada día en todos los desbordamientos y tempestades de la veleidad humana. Lo que no muere nunca, lo que sobrevive á todo linaje de tempestades y de revoluciones, es lo que por sí es indestructible é inmutable, como el poder que lo ha creado y

la ley por que se rige y gobierna. A unos tiempos siguen otros tiempos, á unas modas otras modas, á unas costumbres otras costumbres; y miradas la humanidad y sus obras desde cada uno de estos puntos de vista, ningún tiempo se parece á otro, ninguna sociedad á otra sociedad, ninguna moda á otra moda, ninguna costumbre á otra costumbre, ningún hombre á otro hombre; y, sin embargo, dejad que los vientos se calmen, que lo revuelto se ordene; quiero decir, que se despoje á todos los hombres de sus atavíos y accesorios, desde el cayado y la zalea de los tiempos bíblicos, hasta la púrpura de los Césares, ó la armadura del Cruzado, ó la ropilla y los gregüescos de ayer, ó la chupa ó el frac ó la chaqueta de este siglo y de nuestros días, y siempre se hallará, debajo de éstas y de aquellas caprichosas, pegadizas y mudables envolturas, el mismo núcleo, el mis-

mo sér, el mismo padre Adán caído, en carne y hueso, con su naturaleza física asediada por todo linaje de pestes; con su naturaleza moral perseguida por todas las roñas de que es susceptible su corazón, puñado, al fin, de tierra impura; con su inteligencia, infundida por Dios para buscarle en el bien, y cegada por el diablo para extraviarle en el camino, ó, en otros términos y para otros gustos, con una razón que podría guiarle lejos de todo mal, y unas pasiones que le arrastran continuamente hacia él..... ¿Qué importan, para el caso, el color de las ideas, ó unas cuántas de menos ó de más en el cerebro? ¿Qué la casta ni el valor de las codicias que le devoran y aceleran el andar incierto de su vida? ¿Qué la ocasión ni el motivo de que se ejerciten y resplandezcan sus talentos y virtudes? Todas estas diferencias, que parecen esenciales, son pura casualidad, me-

ros accidentes de tiempo y de lugar, indumentos y accesorios exteriores; y el más ó el menos en lo postizo, eventual y mudable, no altera en nada, como dije de su hechura, la esencia de las cosas. De manera que el hombre, siempre y en todos los tiempos y lugares, es el mismo, y siempre nuevo en el escenario del mundo, como es siempre la misma, y nueva siempre, la naturaleza que le circunda.

Pues á este origen, á este punto de partida, han de volver, á la larga, las desbordadas corrientes de que tratábamos; porque el hombre y la naturaleza nunca pasarán de moda ni dejarán de ser motivo de inspiración para el novelista, como el desnudo para las artes plásticas; y sabido es, además, que cuanto mayor es la sencillez del elemento artístico, más grande resulta la obra de arte; y en un libro inspirado en estos componentes, siempre hallarán vivo y profundo

interés los lectores de buen gusto, para quienes, dicho sea de paso, deben escribirse los libros.

Por eso creo yo que no está la cordura del novelista en oponerse á las corrientes impetuosas de las ideas y de las modas literarias, sino en elegir un punto fuera del radio de su poder absorbente, para verlas pasar. Y séame lícito, porque no es injusto, colocar en este lugar indemne la novela de mi tesis, que es la más extraña á esas corrientes asoladoras; la más sencilla y modesta, y la que, como os dije al principio, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte que con el artificio endeble de *las circunstancias*.

Pero (y vaya como término de la mortificación que os estoy causando rato hace) quiero yo suponer y dar por hecho

que todos estos razonamientos míos son puras visiones de la fantasía apasionada; que en el torrente que se desborda y precipita, que en la tempestad que se desata, caiga y se derrumbe hasta la roca de mi ejemplo, que parecía incommovible; que nada quede de lo que antes fué; que en su desatentada velocidad, nada respete el carro del triunfador en su camino; que todo, absolutamente todo lo existente en este bajo mundo, se desfigure y refunda en los nuevos moldes de un porvenir más ó menos lejano..... Pues razón de más para que yo sustente con doblado empeño mis declaradas convicciones en la materia, y juzgue su preponderancia de mayor necesidad. Para cuando llegue ese día; para cuando no haya fronteras en las comarcas ni en las naciones; cuando en todo el mundo, que seguirá llamándose civilizado y culto, se vista un mismo traje y se sienta y se

piense del mismo modo, y por contera y remate se hable el *volapuk*; es decir, cuando los pueblos y las gentes pierdan sus peculiares rasgos fisonómicos; cuando el vastísimo cuadro de la humanidad no tenga más que un color, y ese muy triste, y el mundo llegue á ser una inmensa y desconsoladora estepa, y se mueran en ella de tedio sus habitantes, quédeles, por misericordia de Dios, el refugio del arte de estos tiempos, como fiel archivo de las olvidadas costumbres nacionales, donde hallen los desesperados algo en que poner los ojos del espíritu y emplear las fibras del corazón aterrido y ocioso, y que este noble y puro deleite se difunda y circule por sus venas, como germen de más levantados estímulos y savia de una nueva vida.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

SR. D. BENITO PÉREZ GALDÓS

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sin necesidad de juramento, espero convencer á cuantos me escuchan de la sinceridad de mi orgullo y satisfacción por haber sido designado para contestar, en vuestro nombre, al nuevo Académico D. José María de Pereda; honor insigne en el cual todos veréis, como la veo yo, una alteración de jerarquías, y como un cambio de papeles, pues no parece natural que los ahijados presenten á sus padrinos, ni que los discípulos alcancen antes que los maestros esta clase de honores. Accidentes de tiempo y lugar, y anomalías reglamentarias que todos conocéis, han producido el caso extraño de que me encuentre aquí quien

debió precederme; y en cuanto á títulos que expliquen, ya que no justifiquen, padrinazgo que tanto me envanece, me permito invocar exclusivamente la amistad que desde muy antiguo al Sr. Pereda me une; amistad que junta en un solo haz fibras de la vida moral y del sentimiento estético, y que no vacilo en ofrecer como modelo á la gente del oficio, creyendo firmemente que es un inmenso bien y una fuerza eficaz en los turbados tiempos que corren; amistad que no ha sucumbido ni sucumbirá nunca ante divergencias de criterio en cosas muy substanciales, porque estas mismas discordias han sido para el afecto que nos liga como la forja consistente que da al metal mayor dureza y temple más fino.

Con múltiples ejemplos, bien lo sabéis, la vida nos enseña que los más vivos y durables afectos deben su firmeza á una ponderación feliz entre la comu-

nidad de gustos, reforzada por afinidades de un orden moral, y la discrepancia de opiniones, que si son profesadas con honrada convicción, dan á los caracteres el vigor de que los sentimientos se nutren. Recuerdo que en los primeros tiempos de nuestro trato, veinticinco años há, cuando hablábamos de cosas literarias, ó de las varias cuestiones políticas y sociales que con ellas se relacionan, tan pronto veíamos confundidas nuestras almas en fraternal concordia, como separadas por profundo y ancho surco que yo no veía manera de llenar. Nuestras sabrosas conversaciones terminaban á menudo con disputas, cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad. No pocas veces, llevado yo de mi natural conciliador, cedía en mis opiniones. Pereda no cedía nunca. Es irreducible, homogéneo, y de una consistencia que excluye toda disgregación. Más fá-

cilmente conquistaba él en mí zonas relativamente vastas, que yo en él pulgadas de terreno. Pero esas extensas zonas, justo es decirlo ingenuamente, las volvía él á perder en cuanto nos separábamos, y la pulgada de terreno, si por acaso lograba yo ganarla con gran esfuerzo, era recuperada por mi contrario, y á la primera entrevista nos encontrábamos lo mismo, siempre lo mismo: él con sus creencias, yo con mis opiniones. Y empleo con toda intención estos dos términos, creencias y opiniones, para indicar con ellos que Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas. Ved aquí también la diferencia capital entre nuestros caracteres considerados literariamente: Pereda no duda; yo, sí. Siempre he visto mis convicciones obscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe adón-

de va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. Él permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otras, y otras, que, una vez alcanzadas, tampoco nos satisfacen.

Esta diferencia notoria en caracteres pertenecientes á una misma generación, obligame á repetir algunas ideas expresadas en el discurso que tuve el honor de leer ante vosotros en una ocasión para mí inolvidable. La sociedad en que hemos nacido nos da su propio sér; diríase que reparte ó distribuye en sus hijos sus calidades fundamentales, para que seamos lo que es ella misma, y hagamos real el dualismo que por naturaleza la

constituye. La sociedad presente es en todos los momentos, y con acción simultánea, revolucionaria y conservadora. Si en el orden político, regido por el tiempo, se manifiestan alternativamente y con movimiento pendular estos dos estados, en el orden literario aparecen juntamente. Los hechos alternan. Las ideas coexisten, y aparecen confundidas como apretados hilos de una tela sutil. La sociedad siente y expresa su ansia de reforma, vagos anhelos de mejorarse, ó siquiera de cambiar de postura; siente y expresa también su anhelo de reparar las energías perdidas en aquel esfuerzo. Piensa en lo nuevo; piensa en lo inmutable. Sus aspiraciones á lo desconocido se confunden con el profundo amor de su sér ingénito y de sus propiedades esenciales. Un doble instinto, y así lo expreso por no poder expresarlo de otro modo, la mueve constantemente: el instinto de

renovación, el instinto de reparación. Sus fiebres ardientes son tan naturales, como la grave sedación con que vuelve sobre sí misma, y en su propio sér histórico y castizo se encierra. Ni quiere lanzarse sin freno al vértigo de las innovaciones, ni estancarse en mohosa rutina. Desarróllase ampliamente en las dos vidas que la constituyen, porque dos vidas son, y bien podemos observarlas y reconocerlas, así en el orden social y político, como en el literario.

No necesito decir que desde que me deparó mi buena estrella el grandísimo bien de trabar amistad con Pereda, me arrastró hacia él una profunda admiración. Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más ilustres de nuestra nación, aprendí

muchas cosas y adquiriré no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística. Advertí en Pereda que hombre y poeta eran uno solo, y que sus cualidades preciosas se compenetraban maravillosamente. El buen montañés escribía como pensaba, y obraba como escribía: inspiración y conciencia se confundían en una sola llama, en una sola luz. El arte y la vida no podían en él separarse; su prosa era su existencia, radiación de un alma austera en lo esencial y festiva en lo accesorio, toda pureza, convicción y exquisita donosura.

Desde el primer día de nuestro conocimiento, le ví como un gran carácter, y mi admiración y cariño fueron madurándose y fortaleciéndose con el correr del tiempo, á medida que aquel excelso ingenio desarrollaba su primorosa labor

literaria. Me seducía la firmeza de sus ideas, en las cuales veía la seguridad y permanencia de los bienes heredados; me encantaba el reposo de su noble espíritu, embargado por el culto de la vida española, y aquel afán, tan generoso como quimérico, de resucitar todo lo bello y bueno de un hermoso pasado; me atraía su caudalosa vena satírica, implacable con el prosaísmo de nuestra edad de azogue; el ardor, en cierto modo caballeresco, con que sostenía sus creencias en cualquier disputa familiar; la hermosa sencillez de su vida, no turbada por otra ambición que el santo anhelo del bien moral y del bien artístico; esa fiebre del éxito que á cada cual le empuja con más ó menos fuerza en su camino, y á él le ha llevado á ganar la corona más excelsa, produciendo obras de un valor imperecedero.

Y puesto que todo se ha de decir, y en

este acto, como en otros menos solemnes, la sinceridad es gran virtud, diré que mi insigne amigo correspondía con efusión al cariño que yo le mostraba, y en nuestras cordialidades, como en nuestras discordias, no se desmentía jamás aquella benevolencia fraternal, como de hermano mayor, con que me distinguía y alentaba. Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado ó desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y á mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes

se ha enfriado en los años sucesivos.

Examinando la vida artística de Pareda, primero como pintor de costumbres y paisajes de la Montaña, después como escritor de aliento en la novela grande, hemos de ver en su aparición un caso lógico de los más claros que podría consignar la filosofía de la historia literaria. Bien sabéis, pues aun los más jóvenes de entre vosotros alcanzan con sus recuerdos más allá del último tercio de este siglo, que los años que siguieron al 68 trajeron á nuestra sociedad y á las letras patrias grande agitación. La ruína de un estado social y político, que no hay por qué examinar aquí, y su brusca sustitución por otro, produjeron forzosamente expansiones del espíritu, mayor desembarazo en las acciones, vuelo más libre en las ideas, marcándose direcciones en cierto modo aventureras, con generosas audacias en algunos casos, con

temerarios rumbos en otros. Era la ineludible ocasión histórica en que una raza se ve impulsada con irresistible sed interna á buscar en las esferas amplísimas de los países más avanzados en la civilización, ideas y formas nuevas. Cuando una sociedad llega á sentir este anhelo de nueva sangre, es porque en cierto modo la necesita. No entraré á determinar si esta querencia del sentir y pensar de otras razas, se contuvo dentro de los límites de un prurito generoso, indicio de necesidad orgánica. Contuviérase ó no, fuese ó no demasiado lejos en su camino, era natural que se marcase en nuestra sociedad el anhelo de restaurar su existencia castiza, de hacer recuento y nuevo uso de su caudal de ideas propias. Esta tendencia de un pueblo á envolverse sobre sí, á ensimismarse, es representada por Pereda; y por lo que al arte de la Novela se refiere, en él se en-

carnó la España soñadora de lo pasado, anhelando ser lo que fué, con la adaptación natural á las exigencias de los tiempos nuevos. Esto quiere decir que no resulta el gran escritor completamente ajeno á toda influencia de las ideas importadas, si bien esta influencia, en ingenio tan inflexible y dueño de sí, no mengua su potente originalidad. Todo lo que piensa y siente Pereda es suyo, todo de formación castiza; su labor presenta en altísimo grado los dos caracteres culminantes del arte castellano: la austeridad en las ideas fundamentales, y la gracia de la forma. Tesoros que creíamos perdidos, él los descubre donde menos se pensaba, debajo de su propia planta; aunque suele recrear excesivamente su espíritu en la contemplación y alabanza de las edades remotas, toda su creación pertenece á la realidad presente, y el lenguaje que emplea, incom-

parable por su nitidez y elegancia, no nos resulta arcáico. Es nuestra lengua, viva, coetánea, vigente; la lengua que hablaríamos si habláramos bien.

Tenemos, pues, en Pereda el contrapeso poderoso de las impaciencias innovadoras. Nuestra literatura novelesca ha logrado ese beneficio, y por eso está equilibrada, y por eso vive. Vive, porque ha podido ensanchar su esfera de ideación en mayor ó menor grado; vive, porque ha sabido sostener el alma y los modos de la raza. Lo armónico de este conjunto se comprende y aprecia mejor, advirtiendo que las tentativas de renovación no tendrían eficacia sin ese contrapeso que les impide lanzarse á desvaríos peligrosos, ni ese contrapeso valdría lo que vale si no existiese algo que le estimula en su misión grandiosa.

Expresada, con mi torpeza natural,

esta opinión sincera sobre lo que Pereda significa y representa en la literatura contemporánea, intentaré un breve comentario de sus creaciones más afamadas; trabajo difícil que otros han hecho con grande maestría, y que yo desempeñaré como Dios me dé á entender, disimulando la insuficiencia en materias de crítica con mi conocimiento del carácter del maestro, de sus hábitos, de su modo de sér literario, y de la región venturosa que le tiene por hijo, y en la cual reside, como el alma en el cuerpo, con fusión misteriosa que sólo la muerte puede destruir, todo su sér mundano y artístico. Porque de tal modo se infiltra y compenetra el espíritu de Pereda en la región cántabra, que no hay forma ni manera de separarlo de ella. Su pensar inflexible lo vemos en la ingente majestad de las montañas altísimas; su intranquigencia en los cantiles formidables que

resisten el empuje de las aguas; su gracia melancólica en las apacibles colinas cubiertas de un verdor mate; su existencia plácida y sencilla consagrada á la familia, á la amistad y al arte, en aquel ambiente tibio y en aquel plateado cielo; su pasión artística, que sufre convulsiones hondas, en aquel mar que, tan pronto furioso, tan pronto en calma, pero siempre movido y respirando con el ritmo de sus ondas inquietas, nos ofrece la imagen viva del pensamiento.

Error notorio es la suposición de que el ingenio de Pereda se empequeñece encerrándose en la tierra nativa, en la cual se arraiga su vida entera. Creo firmemente que la preferencia sistemática del ilustre autor por su *tierruca* montañesa, le engrandece; creo asimismo que por el supremo arte con que ha sabido pintar la vida en una comarca española, ha entrado tan de lleno en la vida nacio-

nal. Las creaciones artísticas necesitan suelo y ambiente. Nuestra nación carece de unidad, fuera del orden político, cuyos artificios, que sin duda responden á una necesidad, no se ocultan á nadie. Pereda ha escogido aquella parte del suelo y del ambiente en que nació y que mejor conoce, lo que siente como su propia vida, lo que es carne de su carne y hueso de sus huesos; de lo que resulta una intensidad en la creación, que no es posible sea igualada por quien empleara el procedimiento extensivo, pretendiendo pintar toda la vida española en las distintas comarcas que constituyen nuestra heterogénea nacionalidad. Y como ha sabido encontrar lo profundamente humano en la casta regional; como además posee cual ninguno el primer elemento de unidad, que es la lengua, resulta que su particularismo lleva en alto grado el sello patrio y de conjunto. En

realidad, todos somos regionalistas, aunque con menor fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más ó menos espacioso de la tierra española; porque elegimos nuestro modelo en determinadas fisonomías ó tipos de esta variada familia que se ha formado, sabe Dios cómo, de innúmeras mezcolanzas y contubernios en el tálamo de una historia en que se revolvieron diferentes razas, caracteres, temperamentos y religiones.

En esto del regionalismo he creído siempre que cada cual debe escribir como piensa, y pensar lo que vive y siente, sin cuidarse de los que regatean el sentido nacional á las creaciones que no lleven siquiera un barniz de apariencias metropolitanas. Paréceme á mí que la metrópoli es región y de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las

ranciedades más españolas, juntando los vicios de la raza á los vicios exóticos, y las marrullerías castizas á los desenfadados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas. Creo que Madrid no es la capital espiritual, compendio del sentir y pensar de un pueblo, como no es capital geográfica, por carecer de condiciones físicas; veo aquí un intenso regionalismo, que podríamos llamar urbano, cual ninguno interesante y pintoresco, grande y riquísimo venero para el artista. Creo que con igual acierto se pueden imaginar y componer grandes obras de verdadera transcendencia nacional, aquí ó en cualquiera de los reinos, provincias y lugares de nuestra hilvanada nación; porque en todas las partes del territorio hay algo que es común á cuantos en él vivimos; porque la síntesis nacional existe, aunque se esconde á nuestras miradas, y si en nuestras

virtudes no sería fácil descubrirla, seguramente en nuestros defectos la descubriríamos.

Lo que importa es que el artista sepa encontrar la desnudez humana, y acierte á ornarla con el colorido local sin que sus bellezas se pierdan, y en esto es *Pareda* consumado maestro. Sus obras rebosan de vida, de verdad; su estilo abraza todos los tonos, desde el lenguaje privativo con que da existencia tangible á los tipos populares, hasta la expresión cadenciosa y grave que aborda los temas descriptivos, narrativos y psicológicos. Entre los principales caracteres de sus grandes obras, como *Sotileza*, *Pedro Sánchez*, *La Puchera* y *Peñas Arriba*, hay seres vivos de intensa realidad, que, sin perder su filiación montañesa, son españoles netos y sintéticos, de los pies á la cabeza, como el propio D. Quijote y el propio Sancho, que serán todo lo man-

chegos que se quiera, pero son también la representación más vital del alma y rostro de nuestra tierra.

Hizo Pereda sus primeras armas en *La Abeja Montañesa*, periódico que se publicó en Santander por los años 1858 á 1870, y de la misma época datan las primeras *Escenas Montañesas*, en que se reveló como extraordinario pintor de costumbres. Coleccionados en un volumen aquellos lindísimos grupos, dieron renombre á su autor; y cuando aparecieron los *Tipos y Paisajes*, la fama le señaló como maestro sin igual en esta clase de obras, al modo de rudimentos de novelas, ó materiales reunidos para componer cuadros más amplios y complejos de la humana vida. No todos los antecesores de Pereda en este arte de los dibujos de escenas sueltas lograron dar á sus obras el sello de la realidad, que es la virtud culminante en las pinturas del in-

signe montaños. Arte más fácil es el que consiste en idealizar aldeanos y marineros, dibujándolos con afectadas líneas, conforme á un tipo de receta que el lector se sabe de memoria antes de abrir el libro. Pereda acometió la difícil tarea de expresar con absoluta verdad los tipos populares, no apartándose del modelo que ante sus ojos le ofrecía constantemente la Naturaleza, y este procedimiento le llevó pronto á eclipsar á cuantos le habían precedido. El sistema de escrupulosa sujeción á las inflexiones, contornos y luces que da el natural, sistema empleado por Velázquez con tenaz perseverancia, que tiene algo de fe religiosa, fué empleado por Pereda, primero en sus cuadritos, después en las grandes telas de su labor novelesca. Sus planes sencillos, la derivación pausada en que presenta los sucesos, su repugnancia de las combinaciones en que la

novela parece usurpar su terreno al teatro, la lógica rigurosa, la moral franca y todas las demás calidades eminentes que avaloran las obras del insigne maestro, no tendrían tanto realce si no campeara sobre ellas la individualidad de los caracteres, arrancados del natural; no con la minuciosa atención fragmentaria del pintor que analiza en el modelo, sino sorprendidos de un solo golpe, como quien siente los caracteres en la vida real, los sorprende en los círculos de la amistad y de la familia, los encarna en las personas más queridas, en sí mismo tal vez, y asimilándose la figura, la expresa en el libro, y éste, como espejo milagroso, reproduce la imagen de quien lo escribe. Contribuye á este admirable resultado la facultad retentiva que Pereda posee como nadie, y con la cual archiva y perpetúa los recuerdos de la infancia, de la juventud, de toda la vida, agasa-

jándolos en el espíritu, hasta que adquieren esa madurez inexplicable que los habilita para pasar de los senos nebulosos de la memoria á los resplandecientes de la creación artística.

Después de las *Escenas Montañesas* se lanzó Pereda, ávido de espaciarse en regiones más altas, á la novela de aliento. *El Buey suelto*, *De tal palo, tal astilla*, y *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, señalan la segunda manifestación literaria de aquel preclaro ingenio, y lo que podríamos llamar su primera manera como novelista. En las tres obras citadas revela todo su poder narrativo y descriptivo. Preciosas escenas y cuadros de la vida montañesa se admiran en ellas; desarrollos psicológicos en los que el autor persigue fines docentes ó alguna tesis de actualidad. Pero con todos sus aciertos no llega todavía á la esfera culminante en que le vemos años después, crea-

dor asombroso de *Sotileza*, obra magistral, de la que no haré un juicio crítico, sencillamente porque no sé hacerlo: tan sólo expresaré la profunda emoción con que siento ese libro, y aprecio y palpo su verdad pasmosa. En él ha sabido condensar el gran narrador toda la poesía de la marina cantábrica, combinándola con la realidad viva, alma y cuerpo en perfecta unión. Nunca ha tenido la gente de mar pintor más hábil. *Sotileza* es, al propio tiempo, montañesa y universal, porque los seres retratados en ella son casi los mismos en todos los países: les iguala la unidad del grandioso elemento en que se consumen sus vidas de abnegación, de rudo trabajo, de candorosa inocencia. El sentir y pensar de los marinos son casi idénticos en todas las regiones donde hay mar, como éste habla la misma lengua, con más ó menos estruendo, en todas las costas y cantiles en

que rompe ó extiende sus olas. Desde San Pedro á Tremontorio, advertimos pocas diferencias en lo esencial del tipo, y en nuestra España de hoy, el pescador cántabro y el canario, como el balear y el gallego, son un solo mártir de la Naturaleza, con diferencias de lenguaje no tan notorias como la uniformidad de las ideas, y del laconismo quejumbroso con que las expresa. Resulta el libro de Pereda un poema del Océano costero, del Océano en cierto modo popular, granjería de toda una raza que en él y por él vive, con trabajos indecibles, hostigada por inclemencias de que no tenemos idea los que en tierra vivimos; raza infeliz y creyente que devorarán las galernas en el mar, y en tierra las miserias y ahogos de la vida, y que, baqueteada por las tempestades de fuera y de dentro, muere en el santo amor de las soledades oceánicas, pues no hay

afición que, como la del mar, tenga la virtud de acrecerse con las desdichas y trabajos.

Esta sociedad singular, con sus caracteres bien definidos, su sencillez ruda, su fe inquebrantable y el fondo soberano en que se agita, como ella rudo, elemental, aproximado emblema de lo infinito, la reproduce Pereda con tanta verdad como poesía. Las figuras principales del libro, Sotileza, Carpia, Muergo, el padre Apolinar, etc., son tan verdaderas, que la manipulación artística desaparece en ellas, y se nos ofrecen surgiendo con vida efectiva, cuerpo y espíritu, rostros y palabra, del seno de las páginas. En la acción sencilla y con fácil lógica no vemos la mano que compone. Creyérase que todo se ha hecho por sí mismo, con espontáneo proceder y por natural formación, sin que lo tocan los dedos del artífice. Libros como *Sotileza*

pertenecen á la literatura europea, y para adaptarlos á una región y hacerlos caber en ella, hemos de imaginar en ésta un tamaño desmedido. Es joya tan grande, que para darle estuche tenemos que empalmar nuestra nación con otras, buscando la universalidad del sentimiento estético.

No es de menos fuerza que *Sotileza*, *Peñas Arriba*; y si en la primera erigió un monumento al mar y sus trabajadores, en la segunda ha reproducido la majestad de las alturas, donde acaba la humanidad y empiezan las nubes. También los que habitan en las montañas tienen algo de héroes y mártires, porque viven en continua lucha con las inclemencias atmosféricas, y soportan mil privaciones y trabajos. Como los que del mar y en el mar viven, los montañeses de altura son rudos, de temple vigoroso, creyentes, también apegados á la roca,

como los mareantes á las ondas traicioneras. Huéspedes de las cumbres solitarias, gozan de una espiritualidad que no es común en los que pueblan los valles templados y las ciudades bulliciosas. Pereda nos da en su bella obra perfecto conocimiento del suelo abrupto y del paisanaje que en él tiene sus inaccesibles guaridas; y si maestro es en la pintura del fondo, de las majestuosas peñas, de los tortuosos desfiladeros, áridas laderas y musgosos riscos, no lo es menos en la de aquella humanidad que se codea con las águilas, y conserva en su fisonomía perfiles acentuados de antiguos caracteres y virtudes, que el roce social va borrando en la tierra baja. De tal relieve son las figuras de D. Celso, Facia, D. Sabas y el señor de la torre de Provedaño, que no las hallaréis semejantes, como no sea en los marinos de *Sotileza*. Por el poético encanto de su austero pai-

saje, tan cercano del cielo, y la interesante sencillez, la compostura genuinamente infanzona de los hidalgos montañeses en ella pintados, la lectura de *Peñas Arriba* produce en cierto modo el vértigo de las alturas. Se siente el lector transportado á las regiones en que el aire se rarifica, la vista se desvanece, la respiración es tarda y ansiosa. El trato de aquellos solitarios, vecinos de las nubes, nos impone un respeto parecido al miedo: vemos en ellos raza de titanes, que podrían despedazarnos fácilmente entre sus dedos. Las marrullerías lugareñas son allí ya, al influjo de aquel ambiente sutil y del rudo baqueteo que impone la Naturaleza, un completo sistema filosófico mundano que da quince y raya á la gramática parda de los llanos de Castilla; pero, en cambio, la espiritualidad es mayor que en ninguna parte, y el sér moral alcanza grados de peregrina grandeza.

En *Pedro Sánchez* tanteó Pereda la novela urbana con singular acierto; y si no tuviera más títulos que éste para que su ingenio adquiriera diploma de universalidad, éste sólo le bastara. La amenidad, la gracia de este libro, de acabada complejión cervantesca, son incomparables. En el héroe, arrancado á la realidad presente, se nos ofrece una vulgaridad simpática, el tipo común de honrado provinciano, que trasplantándose á Madrid desde su aldea, en busca de fortuna, sólo encuentra aquí confusión y desengaños. Siempre que Pereda presenta un personaje en esta situación, infiltra en su alma la nostalgia hondísima de la *tierruca*, comunicándole sin pensarlo el sentimiento que en él domina, pues hombre menos cortesano no creo que haya venido al mundo. Y habréis de notar que la aversión del buen montañés á cosas y personas de esta capital, no le ha impedido

retratar fielmente la sociedad madrileña en los tiempos del 54 al 56, harto distintos de los presentes. Salones y casas de huéspedes, oficinas y barricadas, tertulias burguesas, reñideros políticos, forman en *Pedro Sánchez* una entretenida serie de cuadros urbanos, que reproducen con pintoresca exactitud la vida matritense anterior al 68. Pero el suelo nativo y el entoldado cielo montañés le llaman con irresistible sugestión, y nos da *El Sabor de la tierruca* y *La Puchera*, que vienen á ser como un enlace entre las dos obras culminantes *Sotileza* y *Peñas Arriba*: en ellas recorre el camino apacible que separa, y al propio tiempo une, los dos términos grandiosos entre los cuales se encierra la vida de aquella región: de una parte, la terrorífica inmensidad del mar; de otra, las frías alturas selváticas. Diríase que el autor, para transportarse de una á otra soledad, del

Océano sublime á la sublime altivez de los montes, ha tenido que tomar aliento y emprender despacio su camino, esparciendo el ánimo en la contemplación de los risueños paisajes que á cada paso encuentra; charlando, como él solo sabe hacerlo, con los socarrones tipos del país que de todas las corraladas, casonas y rústicos albergues salen á rendirle pleito homenaje, y á ofrecerle sus deliciosos solecismos, sus extraños modos gramaticales y prosódicos, escoria del lenguaje, que él convierte en oro finísimo de Arabia con las artes de su mágico estilo.

Por no fatigaros, no termino el recuento del caudal literario de Pereda, y el corto espacio que me resta, antes que á las obras de arte, de todos conocidas, lo consagraré á la persona, en Madrid y en nuestro tiempo, poco familiar á los ojos y al trato. Si por la gallardía de su prosa, por la irreductible firmeza de sus

ideas, en el orden religioso más que en el político, y hasta por su empaque, le creyerais transportado del siglo xvii al nuestro, por virtud de una evocación milagrosa, en que anduvieran el espíritu de Cervantes para el ingenio festivo, el de Fr. Luis de Granada para el discernimiento grave, y las manos de Velázquez para dar los últimos toques á la figura, por su decidido amor á las letras contemporáneas, por la atención con que sigue y aprecia todas sus manifestaciones, y por la cordial simpatía con que distingue á los que las cultivan, es de nuestro tiempo, nos pertenece, y con nosotros alienta y vive.

El hombre es tan digno de admiración como el escritor, á poco que se le trate. Pero habríais de ponerlos en guardia contra sus levantiscos y siempre insubordinados nervios. Podría expresarse el temperamento de Pereda con una frase imi-

tada de Quevedo, que quiero emplear aunque resulte algo estrambótica: *Érase un hombre pegado á un sistema nervioso.* Desde que empieza á componer y escribir sus obras hasta que las concluye, se desata la máquina de sus nervios de un modo tal, que inspira cuidado á cuantos le rodean. Epiléptico literario, creyérase que las ideas y el estilo brotan como chispas de su tostada epidermis, de su áspera cabellera, y hasta parece que se siente dentro de él el traqueteo de la elaboración artística, como el de un telar que trabaja con ruidoso choque de piezas mecánicas. Pero esto no es nada en comparación del estado espasmódico en que se pone nuestro excelso autor cuando, terminada la obra, y con todo esmero impresa, sale al mundo en busca de lectores que la compren, la saboreen y la juzguen. En esta expectación angustiosa, como la que precede á la bo-

tadura de un barco, Pereda no vive; sus nervios se encalabrinan y desmandan hasta lo increíble; padece ansiedades, alucinaciones, desvaríos del gusto y del sentimiento, que le llevan á considerar sus propias obras como engendros monstruosos incapaces de sacramento. El temor de que su libro sea recibido con desdén, le quita el sueño; la idea de que ha cometido un error al publicarlo, le amarga la existencia. Ciertó que, al fin, estos temores se disipan con la carta del amigo que le felicita; con el periódico que publica, aunque tarde, estudios ó reseñas de su obra, y torna el hombre á la vida jurando no volver á pasar las tremendas agonías de la gestación, parto y crianza del libro, hasta que los nervios, hostigados de la imaginación, vuelven á funcionar; la voluntad, primero rebelde, acaba por hacerles caso, y ya le tenemos otra vez armando el andamiaje y

luego la soberbia fábrica de un nuevo libro que, como todos sus hermanos, ha de salir bello y ejemplar, para gloria de las letras patrias.

Es cosa averiguada también que nuestro ilustre amigo, entre otras rarezas de su carácter, siente un grande aborrecimiento de las ciudades populosas, que interponen entre su espíritu y la Naturaleza grueso mural de calles antipáticas, de caseríos repletos, de gentes frívolas, embusteras y maleantes. Ama con pasión exclusiva los valles melancólicos de su tierra, y la capital cántabra, donde no hay piedra, ni ladrillo, ni alero, ni poste que no le hable, que no le mire, que no despierte en él sentimientos familiares, sonriendo con sus alegrías y llorando con sus penas. Cantabria es su nido, y en él encuentra el dulce atavismo que recrea su alma, y un presente fácil y plácido; en él su familia y su pue-

blo, que es más amplia familia. Las generaciones fenecidas y la viviente le interesan por igual, y entre ellas pasa sus días gloriosos, sosegado y triste, unido á las primeras por el recuerdo, que mantienen fresco las cosas materiales; unido á la otra por la franca y cariñosa convivencia. No esperéis curarle de este amor á su región nativa, enclavada entre el mar y el monte; no penséis que ha de tomar cariño á la vida bulliciosa de acá, ni que hemos de conquistarle con los honores que aquí se le tributen, honores que su merecimiento justificaría aunque fueran mayores y más ruidosos. Esfuerzo grande ha tenido que hacer para venir á recibirlos, en ésta como en otras ocasiones, no porque no los estime en lo que valen y significan, sino porque ama la soledad nemorosa, y es un espíritu soñador y meditabundo, que no puede vivir fuera de la maternal compañía de la Na-

turaleza. Sin duda su corazón está hoy con nosotros, con cuantos cultivamos en este ingrato suelo el árbol de la literatura; principalmente con los que han dedicado sus esfuerzos á dar vida al arte novelesco, y son muchos y buenos por dicha de todos. Pero si hoy está con nosotros, no sólo en espíritu y en cuerpo, y su corazón nos pertenece, no pensemos en retenerle, porque cometeríamos un acto de crueldad. Dejémosle volver á las soledades de que nos habla en las primeras cláusulas de su discurso, porque en esas soledades existe el *alma mater* que da luz á su ingenio y lo hace pujante y fecundo. Allí está su numen, allí su felicidad. Allí le sigue nuestra admiración y la de toda España.

HE DICHO.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Discurso del Sr. D. Benito Pérez Galdós.	5
Contestación del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.....	33
Discurso del Sr. D. José María de Pereda.	99
Contestación del Sr. D. Benito Pérez Galdós.....	151